

Géraldine D'Autun

# ESCÁNDALOS INCONFESABLES



SELECCIONES ERÓTICAS



Lectulandia

Los habitantes más ricos de una pequeña ciudad francesa tienen unos pasatiempos muy peculiares: disfrutan cuando practican clandestinamente sus juegos sexuales predilectos en un clima morboso y promiscuo. La profesora de piano humilla a sus alumnos y alumnas atrapados en las redes de una aberrante conspiración; el médico del gimnasio femenino subyuga a sus jóvenes pacientes mediante exámenes muy íntimos y profundos; un precoz fetichista utiliza a su tímida criada para satisfacer sus peores instintos, y un adolescente ingenuo asiste a la implacable degradación de su amiguita virginal. ¡Vaya escándalo!

**Lectulandia**

Géraldine d'Autun

# **Escándalos inconfesables**

**Selecciones eróticas Sileno - 00**

ePub r1.0

Titivillus 29.07.18

Título original: *Les fêtes secrètes*  
Géraldine d'Autun, 1992  
Traducción: Aurelio Crespo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

SITUADA en los contrafuertes del Morvan, Autun es una curiosa subprefectura. Sede de un obispado, la población es rica en recuerdos históricos. Fundada por los romanos, tiene una magnífica catedral románica en pleno barrio viejo. Tailleyrand fue uno de sus obispos.

El barrio viejo está lleno de turistas todo el año. El matrimonio Baraduc tiene allí una joyería, a la sombra de las viejas piedras y de la catedral, cuyo carrillón desgrana las horas. Tienen un hijo, Jean-Paul, de diecisiete años de edad y educado en la moral más estricta. Es alumno de instituto y se aburre. Debe su nombre de pila a los dos apóstoles de Cristo que tienen su estatua en el cercano edificio. El invierno agoniza, el cielo está cubierto, los días se hacen más largos.

Jean-Paul está solo en su alcoba. No ha encendido su lámpara y no tiene ganas de hacer los deberes escolares. Sus padres están todavía en la tienda, en la planta baja. Hacen las cuentas del día. Subirán pasadas las 7. Chirriará entonces la escalera de madera. Él fingirá estar estudiando, representará el personaje que su padre imagina que es.

Pero Jean-Paul piensa sólo en su amiguita que vive muy cerca. Morena, de cabellos muy negros y esbelta silueta; sólo tiene dieciséis años. Se llama Valérie. Cada domingo la acompaña a misa. Nunca se ha atrevido a tomarla en sus brazos y menos aún a tocarla, ni siquiera cuando está sentada a su lado e intenta hacerle comprender un problema de matemáticas.

Aceptemos pues que Jean-Paul no es un chico despierto. En nada. No tiene hermana. Nunca ha visto, salvo en las revistas que compra a hurtadillas, el cuerpo desnudo de una mujer. Suele masturbarse contemplando las fotos provocativas impresas en papel satinado. Mientras contempla una foto de Valérie con pantaloncitos cortos, su verga se hincha. La tiene muy corta, bastante gruesa. Imagina las nalgas redondas, los altos pechos, el vientre plano. Y, entre los muslos, el vello negro, la raja y los labios mayores. Saca la verga de sus pantalones. El glande está cubierto de una piel carnosa. Ha visto otros sexos de compañeros circuncisos. Le parece mucho mejor. Tiene complejo.

Deja de tocarse, telefona a Valérie, le dice que tiene problemas con un ejercicio difícil. Ella promete acudir a la mañana siguiente. Se siente feliz. Sus padres le llaman para cenar. Les avisa de que va a pasar Valérie. Su madre le dice que la joven está muy bien, que es muy seria. El padre se burla. Su hijo le parece un poco torpe. Tras las noticias de la televisión, apaga autoritariamente el receptor. Afirma que sólo pueden verse imágenes sin interés. A Jean-Paul le habría gustado ver la televisión.

Su madre tiene sólo cuarenta años; su padre, diez más. Pretende ser una mujer a la moda, muy *in*. No se atreve a plantarle cara a un marido tiránico. Jean-Paul vuelve a su habitación para terminar los deberes. El gran espejo le devuelve su imagen. Se

pregunta si puede seducir. Es de talla media, de rostro algo infantil para su edad, con cabellos castaños. De todos modos, se gusta bastante. Se acuesta.

A la mañana siguiente, antes de salir hacia el instituto, acecha como de costumbre a Valérie. De pronto, la ve pasar. Es alta, con largos cabellos castaños. Lleva un jersey *beige* claro, una falda plisada azul marino y una chaqueta de seda a juego. Y unos pantis o unas medias oscuras, no lo sabe. Lo imagina. Saca su verga y comienza a cascársela sin miramientos. La desea tanto que eyacula antes de que la muchacha llegue a la esquina. En un pañuelo de papel. Así hace el amor. Y va al instituto para pasar una larga jornada aburrida.

Después de las clases, Valérie llega a su casa, entra en su habitación. Tras un furtivo beso, se ha instalado en la mesa de trabajo. Parece no sospechar nada. Por fin la tiene cerca. Intenta una caricia a las descubiertas rodillas, enfundadas en negro. Y un poco más arriba, por debajo de la falda. Ella ha dejado de explicar. No dice nada, más turbada de lo que convendría. Siente picores entre los muslos y una vaharada de calor le invade el rostro, las mejillas. Se levanta y se despide de pronto.

¿Le ama? No lo sabe. Pero volverá a tocarse...

# 1

JEAN-PAUL ha tenido un sueño agitado. Eso no puede continuar. Caerá enfermo. Ya no hace nada en clase.

Al día siguiente, toma una decisión. Le pedirá consejo a un amigo mayor que él que tiene experiencia, de creer en su reputación.

Georges de Maubourg tiene más de diecinueve años. Ha obtenido ya su título de bachiller. Cuando Jean-Paul estaba en cuarto, el muchacho que tanto admira estaba ya en el último curso. Había tomado bajo su protección al hijo del joyero, aconsejándole en todo con suave autoridad. Si Georges hubiera tenido tendencias homosexuales, habría podido iniciar a su pequeño amigo. Pero no las tenía. Su padre es director general de una fábrica de muebles, hay varias en la región de Autun. Es un jefe caprichoso y autoritario cuyo comportamiento inspira a su hijo. Ambos carecen de indulgencia para con las mujeres en general, sobre todo desde que la madre y esposa les abandonó, hace ya varios años, sin duda porque ya no soportaba las exigencias sexuales de su marido.

Georges tiene un despacho en la empresa. Nadie sabe muy bien qué hace allí. No va a menudo, salvo para recibir a los representantes. Sus visitas son sus coartadas. Vive en una mansión, tiene criados, lo que no deja de deslumbrar a Jean-Paul, retoño de pequeños comerciantes.

Se dice que Georges es guapo: él se lo cree, lo sabe. Siempre elegante, alto y esbelto, sus penetrantes ojos azules y sus cabellos de un castaño claro, algo ondulados, llenan las fantasías de muchas empleadas de la oficina de la fábrica, entre las que le basta con elegir.

Pese a su juventud, Georges de Maubourg tiene ya, pues, domicilio personal, una casa señorial junto al barrio viejo, heredada de un tío muerto prematuramente, víctima de una vida disoluta, según las malas lenguas. Tiene artesonados, entramados, ventanas con pequeños cristales azulados, como vitrales. Tras los altos muros, el jardín está a cubierto de miradas indiscretas. No es una casualidad que las mansiones vecinas, ocupadas por los ricos de la ciudad, tengan características idénticas.

Cuando Jean-Paul entra en la calle desierta, unos enormes perros, guardianes de las propiedades, ladran a su paso. Es siniestro.

Llegado ante una pesada puerta de roble esculpido, provista de clavos bellotes, tira de la cadena de hierro forjado unida a la antigua campana, que repica con voz agrietada.

Oye correr el grueso cerrojo. Un doméstico ya de edad, de aspecto poco agradable, abre la puerta. Sin decir una palabra —deben de haberle avisado— acompaña al muchacho. Atraviesan un monumental vestíbulo enlosado a grandes cuadros con, al fondo, una enorme escalinata.

Levantando un cortinaje, abriendo una segunda puerta, también de roble labrado, el criado se aparta ante el visitante y le hace entrar en un vasto salón Regencia. Los cortinajes y la moqueta, al igual que la alfombra del centro, son de color azul marino.

Una cadena estéreo difunde, en sordina, la maravillosa sonoridad de la trompeta de Miles Davis. Georges le recibe con una agradable sonrisa, le indica un sillón pesado y profundo, frente a él. Tira de un cordón trenzado, del mismo color azul que el resto de la decoración.

Entra, silenciosa, una criadita. Trae una bandeja, dos vasos con unos cubitos de hielo y una botella de Chivas. Georges observa a su amigo, que mira a la chica. No debe de ser mayor que él.

De rostro regular, con la naricilla arremangada y los ojos azules; sus cabellos rubios, rizados, forman un halo alrededor de su rostro. Sus labios están pintados de un rojo sangre.

Tiene la talla de Jean-Paul, es decir, no muy grande. Lleva el clásico uniforme de seda negra, como en una opereta.

El visitante advierte enseguida que el vestido es exageradamente corto, más corto que las minifaldas habituales. Un reborde de encaje blanco permite adivinar una corta enagua. Las medias son de un negro opaco. La falda deja al descubierto la parte alta, desnuda, de los muslos, no muy gruesos. La blancura de la piel contrasta con el negro de las medias. El dibujo de las piernas queda realizado por unos zapatos de tacones muy altos, que acentúan su quebrado talle.

Al servir la bebida, la criada, que lleva también un pequeño delantal blanco con un gran lazo a la espalda, no ha dirigido la mirada a Jean-Paul, que no aparta los ojos de sus muslos. Parece sentir una inexpresable turbación al presentarse, así vestida, ante un joven al que no conoce. Georges deja caer, deliberadamente, su encendedor de oro.

—¡Recójalo! —le dice a la chica.

Ella se ve obligada a inclinarse. Jean-Paul puede ver las braguitas blancas, del mismo encaje que la enagua, que dejan al descubierto unas nalgas muy redondeadas. Molesta, la muchacha abandona la habitación con la mayor rapidez posible. Jean-Paul procura ocultar su conmoción. Ha venido, ante todo, a confiarse. Se lo cuenta todo a su gran amigo: su amor por Valérie, sus deseos reprimidos, sus necesidades insatisfechas. Georges sonrío:

—No es seguro que ames a la tal Valérie. Sobre todo la deseas.

—¡No lo había pensado!

—Además, estoy seguro de que, a tu edad, ni siquiera sabes cómo está hecha una chica. Nunca has visto un sexo femenino.

—Sí... es verdad.

—¡No sabes comportarte con las mujeres!

—Nunca he tenido ocasión.

—No digas nada y mira.



Georges llama a la criadita. Ella entra enseguida, como si aguardara la llamada.

—Adeline, venga a colocarse junto a mí.

Ella obedece sin vacilar. Lanza una mirada inquieta al muchacho que la devora con los ojos. Se pregunta qué deberá hacer en su presencia. Está acostumbrada a los caprichos de su patrón.

—¡Adeline, abra las piernas!

Ella obedece de nuevo. Él se dirige a Jean-Paul, ha metido la mano bajo el vestido, entre los muslos.

—¿Quieres tocarlo también?

El sexo de Jean-Paul se hincha. No se atreve a moverse. Para él, lo que hay debajo de un vestido sigue siendo un misterio. Quisiera manosearlo también, pero la mirada de la muchacha no le alienta a ello.

—Oh, señor, se lo ruego... Déjelo...

Le está hablando a su patrón pero, a hurtadillas, mira a Jean-Paul. Conoce esa clase de guion, sabe qué efecto produce en semejante caso. Ahora, Georges le está tocando el pubis a través del tejido. Ella se abre un poco, sin que se lo pidan. El muchacho pellizca el abombado pubis, la hinchazón de los labios mayores, carnosos. Prosigue por unos instantes el indecente gesto, haciéndole un comentario a su amigo. Adeline comienza a respirar con fuerza. Sus ojos se velan. Georges no la acaricia ya, no la pellizca. Con la yema del dedo, rasca, más abajo, entre el nacimiento de las nalgas. Ella se muerde los labios para no gemir. Jean-Paul crispas las manos sobre los brazos de su sillón.

—Y ahora, colóquese en medio de la habitación. No cierre las piernas, levántese la falda y las enaguas.

Adeline, temblorosa, comienza a levantar su vestido lentamente, lo más lentamente posible. Pueden verse así los muslos blancos por encima de las medias sujetas por un ancho elástico. Está acostumbrada. Y, sin embargo, siempre se siente humillada. Acaba de detenerse, con lágrimas en los ojos.

—¿Pero qué significa esta comedia? —grita Georges—. Quítese el delantal, para comenzar.

—Oh no... ¿Va usted a pedirme algo más?

No obstante, obedece. Jean-Paul lamenta ver desaparecer lo que ha entrevisto.

—¡Mi amigo quiere verle las bragas! ¡No lo olvide!

Ella se arremanga de nuevo. Sorbe lamentablemente. El corazón de Jean-Paul late con más fuerza. Vuelve a ver los blancos muslos por encima de las medias. Luego, por fin, las bragas blancas. Adivina el prominente monte de Venus. Las bragas moldean la forma del sexo, pues son muy ceñidas. Algunos pelos rubios sobresalen a cada lado.

—Mantenga la falda y las enaguas levantadas. Dé una vuelta por la habitación así arremangada.

Ella no se atreve; siente que la cosa irá más lejos que de costumbre. Georges se

levanta y le da un bofetón. Las piernas de la muchacha parecen doblarse. Inicia su vuelta al ruedo. Cuando Adeline pasa junto a él, Jean-Paul ve las abundantes nalgas y las bragas que penetran en la raya. Admira los muslos, la quebrazón del talle acentuada por los zapatos. Ahora tiene el sexo duro en sus pantalones. La muchacha se detiene en el centro de la estancia. Georges ordena que se baje las bragas y se coloque ante Jean-Paul. No suele llegar tan lejos. Pero sin embargo, se siente excitada. Y sabe qué efecto provoca, se siente deseada por el amigo de su dueño. Éste parece más amenazador. Es capaz de darle una nueva bofetada. Sus bragas resbalan a lo largo de los muslos. Sus rodillas rozan las del Jean-Paul que, por primera vez, ve un triángulo de vello púbico y, en el centro, en el nacimiento de los muslos, el inicio de la raja. Un pequeño orillo de carne rosada, de piel plisada. Ella mantiene los muslos apretados. Jean-Paul puede sentir su olor. Georges sirve un nuevo trago de Chivas y lanza una mirada cómplice hacia el amigo de rostro desalentado.

—Gira sobre ti misma, enseña las nalgas, viciosilla.

Ahora, la tutea. Ella ve ahí una amenaza. Se siente ridícula. Jean-Paul tiene delante la raya de la moza. Ve entre los muslos una mata de pelo rubio. Casi le da vueltas la cabeza.

—Vamos, ahora desnúdate. ¡Y pronto!

—¿Quiere usted que...?

—¿Llamo al criado? ¿Sabes lo que eso significa?

Jean-Paul presiente un terrible castigo, cuya naturaleza ignora. Está más excitado todavía. Su polla está dura. Sin embargo, la situación le molesta. Y, pese a ello, quiere ver algo más. Adeline se desabrocha la delantera del vestido. Su sujetador es blanco, como las bragas. Se quita el vestido por la cabeza. Desabrocha el sujetador, desnuda sus pechos. Parecen pequeños globos. Sus pezones rosados están erguidos. Son pechos grandes, muy firmes. La piel es blanca, lechosa. El sujetador ha dejado marcas rosadas, más oscuras.

—No bajes los ojos al desnudarte. Mira a mi amigo.

Le ordena entregar las bragas a Jean-Paul. Así lo hace. El muchacho las toma, las palpa. Están empapadas. Ella está por completo desnuda ante él. Sólo lleva los zapatos y las medias. Sus pechos, su vientre, sus muslos están cubiertos por una suave pelusilla. Tiene la carne de gallina y sus pezones se yerguen en las fruncidas aureolas. Sus pechos parecen más grandes. Se balancean al ritmo de la respiración. Georges se levanta y se coloca tras ella. La rodea con los brazos y le pellizca los pezones. La muchacha lanza un grito.

—¿Quieres hacerlo tú? ¿Palpar sus grandes tetas?

Georges se muestra voluntariamente vulgar. Adeline está cada vez más confusa. Siempre la ha acomplejado su pecho, que le parece demasiado grande. Su dueño la pellizca con más fuerza. No puede contener otra queja.

—Ay... Me hace usted daño, señor...

Pero él aumenta su pellizco. La muchacha se retuerce con los brazos colgando a

lo largo del cuerpo. Él va a buscar un taburete muy alto, como el de un bar. Lo coloca ante Jean-Paul y, tras una orden, ella se sienta encima. Jean-Paul entrevé el sexo de labios hinchados, casi rojos. Adeline abre los muslos. Sin embargo, discute la orden.

—¡Desnudarme ante un desconocido es ya una inconveniencia! Sabe usted muy bien que le obedezco siempre cuando estamos solos.

Georges blande una corta fusta. Ella abre mucho los ojos. Los de Jean-Paul no se apartan del sexo entreabierto y brillante. Comprueba que es más peluda aún de lo que imaginaba. El vello rubio corre por lo alto de los muslos. Huele a orina, a sudor y a perfume.

—¡Abre tu almeja!

Ella no obedece con bastante rapidez. La fusta cae sobre sus nalgas, que sobresalen por detrás del taburete. Da un respingo. Toma sus labios mayores, hinchados y blandos y tira de ella. Está roja como una amapola. Jean-Paul también. Ve el rojo orificio que desvela el tirón de la carne. Georges se inclina y mete un dedo, sin miramiento, en la ofrecida vagina. Ella se arquea, sus ojos se cierran, demuestra que comienza a excitarse. Se extiende un olor marino. Jean-Paul ve el dedo de su amigo yendo y viniendo por el agujero vaginal.

—Eso está caliente y húmedo... Ya ves, Jean-Paul, eso es un coño acogedor. Un conejo, una almeja, una patata, un pompón, un tragaleches, una quisquilla, un puchero...

Las palabras obscenas hacen que Adeline se estremezca. Está ya casi carmesí. Su cuerpo brilla de sudor. Unas gotitas corren por su frente. Georges retira el dedo, toma la mano de su amigo y la pega a la raja. Es blando, caliente, viscoso. La polla de Jean-Paul está muy rígida, aprisionada por los calzoncillos. Retira su mano ya toda pegajosa.

—¿Ves?, es una guarra. Le gusta que la toquen y adora hacerse la mojigata — bromea Georges.

La muchacha levanta más arriba los muslos, planta los talones en los pequeños travesaños de madera del taburete. No se atreve ya a abrir los ojos. Ahora, Jean-Paul ve el ano y la raya de las nalgas, hasta su nacimiento, peluda.

Georges da una nueva orden. Ella suspira, tiene que arrodillarse, de espaldas, en lo alto del taburete. Vuelve a izarse. Ofrece a la mirada de Jean-Paul su entreabierto raya. Su peluda raya de rubia. Él ve mejor aún el ano, pequeña raja plisada que se contrae por sí sola, rodeada de pelos más oscuros. Y, más abajo, de nuevo la vulva.

El interior de los muslos está mojado. Georges abre con ambas manos las nalgas de la muchacha y su dedo pasa por el ano. Llega más abajo, lo unta de melaza y lo coloca sobre el prieto culo.

—¡Oh no, por detrás no!

Es demasiado tarde. El dedo acaba de entrar por completo, la mano del dueño se cierra en un puño.

—¿Y los otros nombres que te enseñé?

—Ojete, ventana de popa, agujero del culo... —dice ella apretando los dientes.

Jean-Paul no puede creérselo. Ve el dedo de su amigo hurgando en el culo de la moza. Su corazón late con fuerza. Casi querría que todo eso cesara. El dedo se agita, la muchacha lanza pequeños gemidos. Georges se retira y huele su dedo.

—Perfecto, muy limpio. Ahora baja de ahí y arrodíllate en el suelo. Lame los zapatos de mi invitado.

Ella obedece, humedece la punta de los zapatos de Jean-Paul. Sus rubios cabellos ocultan, en parte, su rostro. Sin embargo, ve una lágrima corriendo por las ruborizadas mejillas. Sus grandes pechos se balancean debajo, con los pezones erguidos todavía. Se siente humillada como nunca.

—Creo que así está bien —dice Jean-Paul, avergonzado por ella.

—¿Te estás burlando? Ahora voy a completar tu instrucción.

Ordena a la muchacha que se coloque de rodillas en el sillón donde él se había instalado. Toma a Jean-Paul del brazo para arrastrarle. Ella mantiene la pose, con las nalgas al aire. George se baja pantalones y calzoncillos. Está empalmado y exhibe un miembro grueso y largo, venoso. Sus cojones son grandes, cubiertos de pelos castaños. Pasea la punta de su glande descubierto a lo largo de la raja, separa los labios mayores, humedece su sexo junto al orificio vaginal de la moza. Jean-Paul ve cómo se hincha el vientre de Adeline, que respira con más fuerza y se balancea sin moverse. La muchacha se arquea, aunque sigue inclinando la cabeza para que sus cabellos le oculten el rostro.

—¿Te jodo o te porculizo?

—Por favor, amo, por el culo no... Es usted demasiado grande... Y ante él no...

—De acuerdo, puesto que insistes, te daré por el culo.

Adeline lanza un estertor de revuelta. Su ano se contrae. Jean-Paul, tímidamente, se acerca. Georges toma a la moza por el talle mientras su picha se yergue más aún, se hace más gruesa. Deja caer una lluvia de palmadas sobre las redondas nalgas de Adeline. Las propina una tras otra. Su mano rebota en la carne tierna y eso le excita más todavía. Las nalgas se ponen rojas. Ella grita a pleno pulmón, suplica, lloriquea.

—¿Aceptas que te porculice ante mi amigo?

—Sí, sí, lo acepto... —dice volviéndose para mirar a Jean-Paul con ojos enrojecidos.

Se arquea y abre un poco más los muslos.

Jean-Paul aprovecha que nadie le mira para tocarse la tranca a través del pantalón. Georges se escupe en la mano, humedece con saliva la raya de la muchacha. Mete la punta de su dedo en el culo, hace un movimiento giratorio para abrirlo al máximo. Coloca el glande contra el peludo orificio e introduce su grueso instrumento. La muchacha suelta un lamento de dolor. Pero Jean-Paul ve cómo se toca los pechos con una mano mientras se agarra con la otra al brazo del sillón. Se pellizca los pezones, se manosea las puntas, las hace rodar entre sus dedos. Poco a poco, la polla de Georges penetra en el culo hasta que su vientre choca con las enrojecidas nalgas. Y comienza

a dar violentos pistonazos. Entra y sale con fuertes golpes. Su pubis choca contra aquellas redondeces, sus grandes huevos contra la vulva. Jean-Paul se inclina muy deprisa para mirar entre los muslos de su amiga. Ve así la raja que chorrea melaza.

Adeline no se queja ya. Gime al compás de las embestidas de su dueño. Olvida las humillaciones, no puede ya contenerse. Su ano estrecha la rígida polla. Siente la forma que se desliza en ella, se mete la mano entre los muslos y loma a manos llenas los cojones de Georges. Los magrea. Jean-Paul quisiera masturbarse, no se atreve. De pronto, Georges lanza un terrible suspiro. Sus músculos se tensan; no se mueve ya con la polla metida por completo, hasta lo más hondo, en el culo de la moza. Cuando eyacula en ella, la muchacha goza sin contenerse ante Jean-Paul, que no cree lo que ven sus ojos. Georges retira su tranca, victorioso. Jean-Paul ve el agujero del culo que permanece abierto, chorreando esperma. El líquido corre por la raja y a lo largo de los muslos. Georges da una violenta palmada en las nalgas de Adeline y le ordena levantarse.

—Espere, amo... Todavía no puedo. Yo...

Parece agotada. Huele mucho a sudor. Georges pide a Jean-Paul que le ayude. La toma del talle. Está caliente, empapada en sudor. Se suelta de pronto, vuelve a sentir vergüenza por haberse abandonado ante un desconocido.

—Ve a lavarte el culo, guarra —ordena Georges secándose el blando miembro con las braguitas de la muchacha.

Ella sale sin una mirada.

—Ya ves cómo hay que tratar a las chicas —dice Georges poniéndose los pantalones.

Jean-Paul piensa que nunca será capaz de actuar así. El muchacho al que admira es realmente un gran domador. Pues así entiende Jean-Paul lo que acaba de ver. Sólo espera una cosa: quedarse solo y poder cascarse una paja. Imaginará a Valérie en la misma posición que la joven Adeline. Sustituirá el vello rubio por el negro. Siente su olor como si estuviera allí, a su lado, con los muslos abiertos, sonriente, pidiéndole que le dé por el culo. Ha dado rápidamente las gracias y ha dicho que debía volver a casa. Su amigo le ha estrechado la mano y ha acariciado sus mejillas diciéndole que puede volver cuando quiera.

El muchacho ha caminado mucho rato antes de regresar a la casa familiar. No puede impedirse desnudar con la mirada a las muchachas con las que se cruza e intentar adivinar su ropa interior. Sí, tendrá que levantarle las faldas a Valérie, será preciso tener esa audacia y ese valor.

Al quedarse a solas, Georges llama por teléfono a la empresa paterna. Debe hacer acto de presencia. El anciano y severo criado Alex entra y recoge las prendas femeninas esparcidas por la moqueta. Tras salir, arruga entre sus manos las braguitas húmedas y se las lleva a las narices, oliéndolas con delicia.

La criadita está en la cocina. El sirviente la obliga a guardar la vajilla desnuda aún. Ha colocado su ropa en el respaldo de una silla.

Le diré dentro de un rato cómo debe ataviarse para servir la cena.

Adeline ahoga un suspiro. Debe mostrarse siempre sumisa, aunque acaba complaciéndose en el erótico ambiente que se le impone.

Para complacer a su joven patrón, para satisfacer sus deseos, Alex prescribe a Adeline ropas excitantes, licenciosas, extravagantes. Su imaginación nunca se queda corta.

Puede permanecer desnuda, como ahora, sin llevar más que sus zapatos y las medias. A veces debe mantener sus faldas levantadas, con unos alfileres, descubriendo sus bragas por delante o por detrás. Con la falda arremangada, debe también bajarse las bragas, dejarlas a medio muslo o quitárselas por completo. La obliga también a permanecer con los pechos desnudos. Para obtener una obediencia absoluta, la amenaza con el látigo, siempre al alcance de su mano. La azota con frecuencia, a menudo en presencia de Georges.

Alex conoce bien a Adeline. Fue él quien la encontró en su aldea natal. Es la primogénita de una familia numerosa. Su padre trabaja como jornalero en casa de un rico granjero del Morvan. Georges suele enviar grandes sumas a los padres. Éstos se sienten alagados y presumen por todas partes de que su hija trabaja en casa de un joven de la «alta sociedad».

## 2

Los días se hacen más largos. Es primavera. El aire huele bien: es tiempo de que las muchachas coquetas se pongan los vestidos y las faldas de color. Así lo hace la criadita de Georges. Son las que le gustan a Jean-Paul. Las que llevan vaqueros desteñidos le parecen menos deseables. Es preciso poder adivinar sus cuerpos a través del tejido cuando pasan ante los rayos del sol. Ha podido contemplar así a la pequeña Valérie que llevaba un vestido blanco transparente. La chica ha seguido dándole lecciones de matemáticas, exacerbando involuntariamente —aunque, ¿quién sabe?— el deseo del muchacho, que sigue sin haberla tocado. Tampoco se ha atrevido a regresar a casa de Georges. Habría podido ver a Adeline, y Georges habría podido prestársela. Pero Valérie ocupa en exceso sus pensamientos. El miércoles por la mañana no tiene clase. Va a su lección de piano. Los joyeros, sus padres, desean que sea músico, algo que, a su modo de ver, clasifica a un individuo en la alta sociedad. El arcipreste de la catedral les permite esperar que, más adelante, Jean-Paul pueda encargarse del gran órgano. ¡Qué ascenso!

La profe de música se llama Géraldine Chavet. Esposa del director de una fábrica de grifería, no tiene necesidad alguna de ganar dinero. Da clases de piano para distraerse, en un estudio que posee en la misma casa donde vive Georges.

Su suntuosa mansión de los alrededores de Autun, muy apartada, hace trabajar la imaginación de los campesinos, tal vez no sin razón. Tiene unos cuarenta años.

Jean-Paul, que se ha retrasado un poco, llama a la puerta con el corazón palpitante. Géraldine le recibe fríamente. Al muchacho le parece hermosa. Es morena, sus cabellos tienen reflejos caoba, su tez es pálida. Sus delgados labios le dan un aspecto severo. Su mentón es voluntarioso.

Lleva un corpiño blanco de encaje, una falda ancha y larga que cubre su rodilla. Lleva en sus pequeños pies unos zapatos de charol de agudo tacón. En la mano izquierda, un gran anillo. Su atavío no tiene edad. ¿Va a la moda? Le importa un pito. ¡Es su propia moda! Dice secamente:

—¡Sepa usted que me horroriza esperar!

Jean-Paul balbucea una frase de excusa a la que ella no responde. Se sienta en el taburete del piano de cola que ocupa la mayor parte de la habitación. La mujer a la que llama Señora se sienta a su diestra, muy cerca, tanto que siente como las piernas femeninas rozan las suyas. Respira un perfume embriagador. Ella le acaricia la nuca con su mano izquierda, muy cálida. Un estremecimiento le recorre la espalda. Como es habitual a su edad, estudia la clásica *Para Elisa* de Beethoven. Jean-Paul no puede evitar pensar en *Para Valérie*. Eso y la equívoca actitud de la profe no contribuyen a su tranquilidad.

—¡Toque más despacio y con más delicadeza!

Géraldine le obliga a repetir los primeros compases. Le ha puesto una mano en el

muslo, siente la calidez a través de sus pantalones. Luego, los dedos efectúan una presión. Jean-Paul sigue tocando. Tiembla un poco. La mano asciende hasta la bragueta. Intenta localizar el sexo bajo la tela, lo consigue mientras, muy a su pesar, la víctima comienza a entrar en erección. El muchacho siente una angustia mezclada con placer. La mano se ha retirado. Desea que el gesto se repita. No ocurre nada más.

Va de nuevo el miércoles siguiente. Géraldine mantiene su aspecto impenetrable y le lleva al taburete. Ha elegido, esta vez, un ejercicio destinado a la gimnasia de los dedos: debe tocarse rápidamente un número considerable de corcheas. Jean-Paul, nervioso, se hace un lío. La perversa mano ha reanudado su ascenso.

—Toca usted de un modo lamentable.

Géraldine se ha levantado y, por detrás, pone ambos brazos alrededor de los hombros de su alumno. Su mano diestra desciende, encuentra la abertura de la camisa, desabrocha, acaricia el pecho del muchacho. Siente la cálida mano que busca un botón del pecho y lo hace rodar entre sus dedos.

Aquel gesto no mejora la interpretación. Jean-Paul sigue temblando y comienza a desear que le toque el sexo. La mano ha descendido y, como la última vez, roza la bragueta.

Géraldine se ha sentado de nuevo. La lección prosigue. Es imposible saber si se limita a crear esa atmósfera equívoca o si, de pronto, es presa de la timidez. Tal vez sólo sea una táctica viciosa. Quizás esté jugando con el muchacho como el gato con el ratón.

La lección ha terminado. Y luego llega otro miércoles y otra lección.

Apenas ha entrado, Jean-Paul advierte que la amplia falda negra, acampanada, es más corta y deja ahora las rodillas al descubierto. ¿La ha retocado ella misma o es otra de un corte semejante? El corpiño blanco de encaje está desabrochado. Cuando la profe se sienta, Jean-Paul puede ver sus pechos desnudos por la abertura. Son pequeños, en forma de pera, casi sin aureola. No parece el pecho de una mujer de edad madura. Son muy distintos de los de Adeline. Géraldine ha sorprendido la ojeada del muchacho. Tiene ganas de sonreír pero se esfuerza por mantener una actitud pedagógica.

Jean-Paul ve las piernas enfundadas en nylon claro, la redondez de las rodillas brilla. ¿Lleva pantis o medias? ¿Se habrá puesto bragas? Y, de ser así, ¿de qué color serán? Le gusta imaginarlas negras o azul marino. ¿Lo sabrá algún día?

Ella pone de nuevo en el atril la famosa *Para Elisa*. Es preciso intentar tocarla a la primera. Los primeros compases son bastante correctos.

Sólo al cabo de un cuarto de hora, cuando él ya no lo espera, la mano inicia su avance. Esta vez va directamente al miembro, que comienza a empalmarse, y lo palpa a través de la tela, como siempre. La cosa dura largo rato. Como de costumbre, el alumno no sabe ya lo que toca. Géraldine grita de pronto:



—Tiene que trabajar solo. La lección ha terminado.

Se levanta. Jean-Paul se queda con un palmo de narices... y de algo más. Tendrá que masturbarse a solas. Es un verdadero suplicio.

Al salir, encuentra en la puerta a una muchacha que lleva el mismo uniforme que Valérie y que viene, también, a tomar una lección. Se pregunta si Géraldine la acariciará también. Tal vez no sólo le interesen los muchachos.

Un nuevo miércoles, una nueva lección y la falda es cada vez más corta.

Jean-Paul debe seguir tocando la supuesta obra maestra de Beethoven, que era sordo, se dice el muchacho, sordo a su vez para la música. Espera el gesto vicioso habitual.

La mano progresa ya. De pronto, abre la cremallera y penetra en el interior del pantalón, por la abertura de los calzoncillos. Busca la verga ya hinchada y se apodera de ella. La saca al aire libre. Comprueba que es de gran tamaño. Toma la piel que cubre el glande, la hace resbalar y lo descapulla. Mientras que el miembro se yergue al máximo, ella mete de nuevo la mano en la bragueta y va a palpar las pequeñas bolas velludas; evalúa su forma y su tamaño. La muy viciosa sonríe a escondidas. Oprime de nuevo el miembro con el pulgar y el índice, muy fuerte, y grita:

—¡Si toca usted mal, esto es lo que voy a pellizcarle!

Luego araña un poco el astil con sus largas unas pintadas.

Jean-Paul sigue tocando sin prestar atención a las notas. ¿Qué va a ocurrir la semana próxima?

Por fin ha vuelto a llegar. Desea que le toque e, inconscientemente, desea ser humillado. Se ha sentado una vez más en el taburete. Se hace, otra vez, un lío con la famosa *Para Elisa*. Géraldine finge un enfado.

—Esta vez es ya demasiado. ¡Levántese y abra los pantalones!

Como un autómatas, obedece. La profe mete su mano por la abertura de los calzoncillos y loma con fuerza su sexo. Tira del miembro para que quede entre los muslos. Levanta los faldones de la camisa y le pide que los sujete. Él ve como su verga se hincha. Siente las rodillas que se aprietan contra sus piernas. Ella se levanta mucho las faldas. El muchacho ve las bragas de las que sobresalen, por arriba y por los lados, unos pelos castaños. La tela la ciñe, se pega, revelándolos, a los labios del sexo. La mujer le ordena que haga un nudo con los dos faldones de la camisa y ponga luego las manos a la espalda. Y queda así, de pie, con el sexo erguido ante ella. Con la regla que le sirve para llevar el compás, la mujer da un seco golpe en el glande rosa e hinchado. Él aúlla de dolor. Ella sigue impassible, se pellizca los labios.

—Quítese los pantalones y los calzoncillos. ¡Pronto!

Lo hace. Es la primera vez que se exhibe así ante una mujer. ¡Podría ser su madre! Ella se pone la regla entre los dientes y juega con el prepucio. Tira intentando recubrir el glande. Pero él está muy empalmado, le es casi imposible. Toma entonces los cojones, uno en cada mano, y los palpa. Ve cómo se hinchan, ascienden hasta la base del tenso sexo. Pasa entonces el dedo por el meato. Jean-Paul lanza un suspiro.

Con la regla aún entre los dientes, ella se ríe suavemente, le obliga a darse la vuelta. A él le avergüenza enseñarle las nalgas. Ella las toca, las separa rápidamente y le ordena luego que vuelva a sentarse al piano. Él se empalma más aún. Acaba de mirarle el ano. No puede creer que sea tan viciosa. Pero le gusta todo lo que le hacen.

—Vamos, y ahora al compás. He aquí un perfecto metrónomo.

Se ha inclinado por detrás de él. Siente sus pechos en la nuca, huele su olor. Se ha perfumado con lavanda. Pasa el brazo por encima de su hombro, entre su vientre y el piano, y loma el glande con la punta de los dedos. Lo hace moverse, vertical, de izquierda a derecha, marcando el compás. Jean-Paul toca de nuevo. Su propio sexo le indica la cadencia. El rostro de la profe está junto al suyo, sus cabellos le cosquillean la mejilla.

—Está usted demasiado nervioso. Voy a darle un pequeño masaje. Tiene que calmarse.

Se queda un poco de pie, tras él, luego se va al cuarto de baño. Regresa con una toalla. Ya sólo conserva sus bragas blancas. Exhibe los pequeños pechos desnudos. Deja la toalla sobre el piano y se acerca a él. El muchacho sigue tocando. La mujer aproxima la parte anterior de sus bragas y frota sus negros pelos, su tupido pompón, contra el brazo de Jean-Paul, que nota en su brazo la calidez de aquel vientre. Cada vez le cuesta más tocar, quiere tocarla. Ahora cree que todo le está permitido. Roza con la punta de los dedos el velludo pubis, pero ella le rechaza con firmeza.

—¡Las manos quietas! Sólo tienes derecho a mirar.

Le toma de los hombros y hace girar el taburete. Jean-Paul tiene el piano a sus espaldas. Ella le pide que cierre los muslos. Se baja las bragas y se las quita. Se pone a horcajadas para frotar sus pelos contra la barbilla del joven. Él siente su olor íntimo. Huele a meados, a transpiración y a lavanda. Su nariz roza el cálido vientre. Los pelos le cosquillean la barbilla. Mantiene las manos a la espalda. Quisiera que la mujer se sentara sobre él, se empalara en su sexo que se yergue vertical, pero no lo hace. Sólo aparta los pelos para enseñarle su raja. Los labios son más grandes, más carnosos que los de Adeline. Es viciosa. Se acerca más aún y pasa, arqueándose, su clítoris y la parte alta de su empapada raja por el mentón del muchacho. Él tiene todavía ganas de tocarla. Quisiera pasar su lengua por aquel sexo oloroso que le humedece la barbilla.

Pero ella se aparta. Toma la toalla y la deja caer ante él. Se inclina, de espaldas, la recoge y le muestra el culo. El muchacho puede ver el ano entre las nalgas y los pelos, tan largos que sobresalen de la raya. La cabeza le da vueltas. Ella se arrodilla ante el chico con los muslos muy abiertos. Y entonces puede ver mejor aún la raja y los labios mayores, hinchados y brillantes. Los separa tanto que su coño se entreabre y él puede ver el oscuro orificio. La mujer toma en sus manos la rígida polla y comienza a jugar con ella. Cuanto más manosea la verga, más dura se pone. Va cada vez más deprisa, con los pequeños pechos apoyados en las rodillas de Jean-Paul.

—¿Bueno, viene o no? ¡Ábrete la camisa del todo!

Ordena con voz seca. Casi le hace daño pues le manosea con mucha fuerza, tirando al máximo del rojo glande. Toma la toalla, se pone de nuevo a horcajadas pero, esta vez, de espaldas. Aplasta sus redondas nalgas contra el pecho de Jean-Paul. Frota, sus nalgas se abren, su ano parece adherirse al tórax del muchacho. Su olor es más fuerte. Se inclina hacia delante y le masturba ahora entre sus propios muslos. De pronto, brota abundante el esperma, cayendo en la toalla. Él ha cerrado los ojos al gozar. Se embriaga con el olor del culo de Géraldine. La mano no se detiene, extrae las últimas gotas del miembro que se reblandece. Le hace daño. Es demasiado sensible. Lanza un gritito. Ella se venga pellizcándole los huevos. El aúlla y la mujer se echa a reír. El muchacho no sabe qué actitud adoptar.

—¡Vuelva a vestirse, Jean-Paul! ¡Así está ridículo!

Le gusta humillarle. Se levanta y se va al aseo. Sentado, mea entre sus muslos. Su sexo está muy sensible. Apenas puede tocarlo. Le habría gustado gozar en un lugar distinto a la toalla. Ella grita que salga deprisa. Ya no le tutea. Él se apresura, tras él va a llegar otro alumno.

Su piel está impregnada del olor del culo y el sexo de la profe. Se arregla tan rápido como puede. Su sexo cuelga, enrojecido por las violentas manipulaciones. Se siente grotesco mientras ella le acompaña a la puerta y le dice:

—Intente no retrasarse el próximo día.

Por la escalera, se cruza con la muchacha que va al mismo instituto que Valérie. Baja la mirada al pasar junto a él. Se pregunta por qué y piensa que tal vez ella tenga también derecho a «clases particulares».

Semana tras semana, Géraldine reanuda su juegucito. Él sigue sin tener derecho a tocar. Puede mirar lo que quiere y ella, que sigue botándose contra el muchacho, deja en su piel su fuerte olor, marcándolo con su huella.

Un día, ella le habla de Valérie, le pregunta si no querría, también, tomar clases de piano. Y él no comprende cómo conoce a Valérie, como sabe que está enamorado de ella, pues advierte perfectamente por la cara que pone mientras habla de ella que Géraldine lo sospecha. Adopta un aire amenazador, como si estuviera celosa. ¿Y por qué clases de piano? ¿Para ponerla desnuda en el taburete y tocarla también? Se atreve a preguntárselo:

—¿Y recibiría el mismo trato que yo?

—Con las chicas es especial...

Llaman, Géraldine va a abrir. Es la muchacha de costumbre. Se despide, se dirige a la puerta, pero no sale. Inclina la cabeza para mirar al salón. La profe atrae a la muchacha contra sí, mete las manos bajo su falda y le baja las bragas.

—¿Está todavía ahí, Jean-Paul? —grita de pronto.

Él no se atreve a quedarse y huye, cogido en la trampa. Se lo reprocha mientras baja de cuatro en cuatro las escaleras.

Pretextando una falta, Géraldine tiende a la muchacha sobre sus rodillas y le levanta las faldas. Contempla las nalgas desnudas de la adolescente, las abre, sorprendida aún de que la raya sea ya peluda a su edad.

—Calma, Amélie... Para aprender, es preciso sancionar cualquier falta...

Le da una zurra a la joven Amélie. Comienza con pequeñas palmadas y, luego, las hace cada vez más fuertes. El trasero está ahora rojo, marcado. La pequeña se ha contenido, pero no puede ya contener los gritos. Unas lágrimas asoman a sus ojos. Tras el castigo, una calidez que conoce muy bien invade su vientre. La misma sensación que cuando se toca entre los muslos, como muchas chicas de su edad, y juega con su clítoris y sus labios mayores. La profe abre de un sólo golpe los muslos y las nalgas. Amélie se sujeta al pie de la silla para no perder el equilibrio. Sabe lo que va a sufrir. Le da vergüenza pero en el fondo lo está esperando. La profe mete su dedo en el ano, tras haberlo pasado entre los muslos, por la raja húmeda. Y lo hace penetrar de golpe, profundamente. Amélie lanza un nuevo gritito. Pero en vez de apretar las nalgas, se abandona. El dedo hurga.

La profe tira de la blusa para sacarla de la falda. La levanta hasta los hombros y desabrocha el sujetador. Ordena a la chica que se levante y se desnude por completo. Amélie lo hace. Exhibe sus senos de piel lechosa, demasiado grandes para su edad. Los pezones están hinchados. Géraldine abre los muslos, se levanta la falda y tira del elástico de sus bragas para dejar al descubierto la carnosa raja.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, viciosilla.

Amélie se acerca, deja que le magree los pechos. La mano de Géraldine se desliza entre sus muslos. Luego ella se agacha entre las piernas de la profe. Se acerca tímidamente al empapado sexo. No quiere hacerlo, el olor le desagrada pero la excita también. La primera vez, lloró; ahora, ya no. Pasa su lengua, sólo la punía, por aquellos labios crasos y olorosos.

—Es tu castigo, por tocar tan mal, Amélie.

Siempre escucha esta frase. El olor a hembra, a orines y a perfume, le recuerda el de su propia raja, cuando se huele los dedos después de haberse tocado. Géraldine levanta los muslos, los abre más aún, se apoya con la punta de los pies en el borde de su asiento. Tira del elástico y desvela su ano. La muchacha conoce la continuación. Aproxima la punta del índice, el de su mano derecha que tiene la uña corta, hacia el ano que palpita. Géraldine le ordenó que no la dejara crecer como las demás y que la limara bien para no hacerle daño. Lo pone primero sobre el culo. El contacto es tibio, húmedo. Por fin hunde el dedo, por completo. La profe lanza un gritito. Amélie pega su boca en lo alto de la raja, sobre el erguido clítoris. Utiliza, cada vez más deprisa, su lengua.

La profe suelta un estertor, su ano se estrecha en torno al dedo. Ha tenido su orgasmo agarrándose a los cabellos de Amélie. Como de costumbre, le ha hecho daño. La muchacha se incorpora, desnuda, con los pezones erectos, el rostro reluciente de humor y de saliva. Géraldine permanece en su obscena pose, con los

ojos cerrados. Luego, ordena de nuevo.

—No te vistas. Vas a tocar. La lección no ha terminado.

Amélie se sienta en el taburete. Humedece el terciopelo. Se equivoca adrede. Forma parte del juego.

### 3

EN la calle de Georges y de Géraldine, en una lujosa mansión también, está la consulta del doctor Kopfer. Hoy, el facultativo se frota las manos. Su programa del día le alegra tanto más cuanto esta misma mañana ha tenido que examinar la entrepierna de una anciana dama de más de ochenta años. Forma parte del oficio, pero no es muy agradable.

Tras los últimos clientes de la mañana, se queda en la consulta, soñando. Por la tarde pasará visita a las muchachitas del colegio libre de la ciudad. Será mucho más agradable que con las señoras de edad. Con sólo pensarlo, siente una comezón en la punta del glande. De unos cincuenta años de edad, es apuesto todavía, alto, con los cabellos canosos y el rostro serio. De hecho, es profundamente vicioso. Su placer favorito consiste en hacer que sus clientes jóvenes se desnuden por completo, gozando del turbio clima creado por la presencia del novio, el marido o, incluso, la madre. Es conocido por ello en toda la región. Sus relaciones le han permitido obtener la exclusiva de las visitas obligatorias o de contratación en la función pública. Las muchachas de Correos o de la administración se ven obligadas a acudir a su consulta. Avisadas por sus colegas, se sienten más o menos angustiadas durante la larga estancia en la sala de espera, una espera deseada, calculada por el doctor.

Por lo que se refiere a los maridos o los novios, acompañan varias veces a sus compañeras, como si les gustara el ambiente de esas visitas. El facultativo no se cansa de esas escenas de *striptease*. Tiene alma de mirón.

Georges de Maubourg, a pesar de la gran diferencia de edad, es amigo del médico. Comparte sus vicios y el hecho de que sean vecinos facilita las cosas.

En mitad del gabinete de consulta hay una chimenea de mármol blanco y, encima, un espejo con marco de estilo. Los visitantes ignoran que el espejo no tiene azogue. Desde la habitación contigua se puede observar, a través de un cristal, el desarrollo de curiosos exámenes médicos. Georges pasa a menudo para ver el espectáculo. Una muchacha morena de unos veinte años, bastante alta, muy bien hecha, con un jersey rojo y una falda de tubo negra que deja ver unas piernas desnudas y delgadas, ha sido introducida en la estancia con el corazón palpitante. Va acompañada por una mujer de unos cuarenta y cinco años, fuerte y que lleva un vestido con flores estampadas, que revela algo de barriga, al revés que la muchacha de aspecto púdico.

—Doctor, le traigo a mi sobrina que vive en un pueblo del Morvan. Se la envían, doctor, porque debe efectuar una sustitución en la prefectura. De hecho, es una amiga de Adeline, del mismo pueblo. Espera volver a ver de ese modo a su compañera, que le permitirá conocer a la gente bien de la ciudad.

La tía habla abundantemente. ¿No está demasiado delgada la pequeña? ¿Come lo bastante en casa de sus padres? Kopfer echa una ojeada al papel administrativo que debe rellenar.

—Se llama usted Michèle, ¿no es cierto?

—Sí... —responde ella con timidez.

Ha oído hablar del doctor. Cuando sus ojos se clavan en ella, cree desfallecer.

—¡Señorita, tenga la bondad de desnudarse!

Se ha levantado y permanece inmóvil, como petrificada.

—¡Bueno, Michèle! —grita la tía—, ¿no has oído lo que ha dicho el doctor? Tienes que desnudarte.

La pequeña comienza a quitarse el jersey con gestos torpes. Nunca podrá desnudarse ante ese anciano que espía todos sus gestos. Por fin se quita el jersey por encima de la cabeza. La tía, que se impacienta, desabrocha las faldas y la hace resbalar por las piernas. Michèle queda en bragas y sujetador.

El doctor está sentado en un taburete. La tía empuja a la sobrina hasta que queda de pie ante él. El espectáculo es excitante. El médico, que está acostumbrado, sin embargo, a un tipo de escenas del que no se cansa, se llena con ella los ojos. La pequeña, a pesar de su turbación y de su aire cándido, es involuntariamente provocativa. Permanece con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Lleva un sujetador blanco de encaje que permite adivinar un pecho de tamaño medio. Las bragas blancas, a juego, cubren un pubis cuyo negro vello aparece a través del tejido, tan fino que parece seda.

El doctor finge auscultarla. Abrazándola, tras haberle ceñido el talle con ambas manos, posa la oreja sobre el vientre plano, por encima del ombligo delicadamente hundido. Palpa las nalgas a través del nylon, admira las torneadas piernas desnudas, musculosas como las de las chicas del campo. Lleva puestos, como es debido, los zapatos de tacón. El médico utiliza el estetoscopio para escuchar en la base del pecho.

—Descúbrase los senos —dice.

La tía le quita el sujetador, liberando unos jóvenes pechos que se yerguen. Los rosados pezones parecen fresas silvestres. Y su piel parece muy suave.

No era en absoluto necesario descubrirlos, pero al facultativo le gustan sobre todo los jóvenes pechos desnudos.

La muchacha mantiene las manos a la espalda: su pecho se pone así, más aún, de relieve. Baja los ojos para ocultar su turbación. Nota que le palpan los pechos. Se siente confusa y sorprendida al experimentar una sensación imprevista, casi agradable.

—¡Señorita, tenga la bondad de quitarse las bragas!

La emoción hincha su pecho. El corazón palpita con fuerza. Nunca conseguirá bajarse las bragas.

—¿No lo has oído? —dice la tía—. El doctor te ha pedido que te quites las bragas.

Con el rostro encendido, Michèle hace resbalar por fin sus bragas, descubriendo un vello negro y tupido cuyo triángulo destaca sobre la piel ambarina. Los pelos se enderezan tras el paso del elástico. Se pierden entre los muslos que mantiene desesperadamente unidos. Se quita las bragas. El médico le ordena que se tienda en la

mesa ginecológica. Él mismo le coloca los pies en los estribos. La muchacha nunca ha sentido tanta vergüenza. Y, para colmo, su tía se ha levantado para mirar por encima del hombro del doctor que acaba de aproximar su taburete. Está frente a la vulva, rodeada de pelos oscuros. Reconoce el olor ácido, idéntico en todas las muchachas. Abre con la mano izquierda los labios mayores, muy pegados el uno al otro. Aparece el fondo de la vulva. Acerca el índice que no puede penetrar. La muchacha ha dado un respingo, pero se inmoviliza ante la amenazadora mirada de su tía. Kopfer encuentra el himen intacto. Retira el dedo.

Posa la palma en la totalidad de la raja, con los dedos en los sedosos pelos. Le pide a la muchacha que tosa. Todo está calculado para ver si la paciente goza con facilidad. Pero Michèle se siente demasiado conmovida para sentir un real placer. Sin embargo, sus muslos son presa de un temblor que encanta al doctor. Retira la mano con la palma húmeda. Separa el nacimiento de las nalgas, tira de la carne que distiende el ano, apenas orillado.

—¿No tiene problemas cuando va al lavabo?

—Oh, no..., no.

Le gusta escandalizar a las muchachas, ponerlas en un brete.

—Advierto cierto olorcillo... ¿Se lava usted dos veces al día?

—Oh sí...

Está roja de vergüenza. No se atreve ya a mirar a su tía los ojos. Él sigue magreándole las nalgas. Golpea con la punta de la uña el agujero del culo, como si verificara los reflejos del esfínter. La muchacha da un respingo cada vez. El doctor se deleita con el espectáculo de los jóvenes pechos que tiemblan con las sacudidas, y del vientre que palpita. Es tiempo ya de detener los tocamientos. Dice a regañadientes:

—Puede usted vestirse. Al parecer todo va bien.

Ella baja enseguida de la camilla y se pone precipitadamente la ropa. Mientras, la tía sigue hablando con Kopfer. Se queja de dolores en el bajo vientre.

—Michèle, vuelve a la sala de espera; el doctor debe examinarme.

Apenas ha salido su sobrina cuando la tía se quita el vestido de flores por encima de la cabeza. Sus pechos son voluminosos y están aprisionados por un sujetador tan elegante como el de la sobrina. Las bragas de fantasía se hinchan sobre el volumen del trasero. En un abrir y cerrar de ojos, libera sus pesados pechos de amplios pezones oscuros. Se quita las bragas y, sin que Kopfer se lo pida, se tiende en la camilla donde estaba su sobrina unos momentos antes. Abre de par en par los muslos, exhibe su vulva gruesa, entreabierta antes incluso de que el doctor la toque. La raja es larga, ancha; puede introducir de un solo golpe todos los dedos de una mano, sin preparación. Mientras el facultativo agita sus dedos en la babosa raja, ella no puede impedirle manosear sus pechos, palparlos, pellizcar los oscuros pezones. Su redondo vientre tiembla como un flan. El doctor apoya su otra mano en el pubis cubierto de un vello mucho más denso y abundante que el de la sobrina. La mujer dice que, a veces, le duele también el culo. Pero él no mete ni un dedo. Ella cierra ya los muslos,



lanzando un largo gemido. Se levanta entonces y se viste con rapidez.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Sólo la visita de su sobrina —responde.

La mujer se esfuma tras haber rellenado su cheque, decepcionada al no poder pagar el especial tratamiento que ha sufrido.

La siguiente visita es una joven pareja, para un examen prenupcial. El doctor Kopfer, decididamente, pocas veces tiene que vérselas con un enfermo. Y para él es un goce.

La muchacha tiene unos cabellos castaños, rizados, lleva una falda de tubo, con una breve abertura a un lado, un corpiño de cachemir, con dibujos sobre fondo negro. Sus piernas, cuyas rodillas están al descubierto, llevan medias de nylon marrón. Él parece tieso en un traje azul marino. Para la ocasión se ha puesto una corbata azul celeste. Se sienten intimidados. Tienen como máximo veinte años.

El novio posa una mirada extasiada en su futura esposa mientras ambos están sentados en la sala de espera y ella ha tomado una revisa para darse cierta seguridad y ocultar su nerviosismo. Él admira sus piernas y se dice que nunca la ha visto desnuda de pies a cabeza. Descubre la parte de arriba o la de abajo, pues hacen el amor por las esquinas, de pie bajo un coche o en pleno campo. Le es difícil desnudarlo todo. Piensa que el médico va a verla antes que él... Y eso le turba, comienza a empalmarse.

El doctor Kopfer va a buscarles. Les hace pasar ante él, lo que le permite ver las formas de la muchacha a través de la ropa. Se exalta con sólo pensar en lo que va a ocurrir.

—Venimos de parte de la señora Géraldine Chavet —dice el muchacho.

Los ojos del médico brillan. Philippe —es el nombre del muchacho— creía que pasaría uno tras otro, le sorprende mucho que les haga entrar juntos en la consulta.

—¿De modo que la jovencita estudia piano? Colette, ¿no es eso?

Kopfer conoce las costumbres de Géraldine y comparte sus gustos.

—Sí —dice tímidamente la chica.

Sentados uno junto a otro, ambos enamorados sufren un inesperado interrogatorio. Tras las clásicas preguntas sobre las costumbres de la infancia, reglas y eventuales tratamientos, el doctor se levanta e indica a la muchacha que haga lo mismo. Inmediatamente, se inclina y mete sus manos bajo la falda para palparle los muslos. Ella no lo esperaba.

—El piano está muy bien, pero es preciso adoptar una buena posición. ¿Nunca le duele aquí, por encima de las rodillas?

—Oh, no...

Philippe ve las manos que suben por debajo de las faldas. Luego, el doctor se pone detrás y le levanta el vestido, pidiéndole que lo sujete. Se ven las bragas que aprisionan sus nalgas. Palpa junto al elástico, aprieta la carne rosada, ante su novio. A su pesar, Colette siente estremecimientos por todas partes.

—¿Ahí tampoco?

—No...

Sigue manteniendo las faldas al aire, Kopfer abandona las bragas y mete sus manos sobre las nalgas y, luego los dedos entre las nalgas, por encima del ano. La muchacha se estremece. Le pregunta de nuevo si no le duele en aquel lugar. Ella murmura que no.

—Bueno —le dice—, desnúdese, vamos a examinarla.

Philippe la mira. Va a asistir a la visita y eso le trastorna. Su verga ocupa cada vez más lugar en los calzoncillos, ante la idea de que aquélla a la que ama se desnudará ante él y otro hombre.

Colette, con manos temblorosas, desabrocha su corpiño. Lo entreabre y lo hace resbalar por los hombros para quitárselo y dejarlo en el respaldo de su silla. Luego desabrocha la falda, que resbala por sus caderas y se reúne con el corpiño. Está en sujetador y bragas. Su pubis abulta. Cruza las manos ante su bajo vientre y espera, con los muslos muy prietos, como hacen todas. Lanza una mirada llena de angustia hacia Philippe. Pero al novio no le apetece acudir en su ayuda. La situación le excita cada vez más. Interviene.

—Pero desnúdate de una vez, como el doctor te pide.

—Su prometido es más obediente que usted. Debo auscultarla.

Ella tantea su espalda, desabrocha el sujetador. Aparecen sus pechos blancos, con forma de manzana. Inmediatamente, los pequeños pezones se yerguen. Ante la severa mirada de Kopfer, la muchacha suspira y hace resbalar las bragas por sus muslos, levanta una pierna, luego otra para quitárselas y dejarlas en la silla. Con aquel movimiento, Kopfer y Philippe han podido entrever los labios de la vulva. El pubis está cubierto de un vello castaño claro. Liberada de las bragas, la pilosidad desborda por las ingles. Avergonzada, la chica permanece inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Sabe que eso no sirve de nada. El médico le pide que ponga las manos en la nuca, levante sus cabellos y se mantenga bien erguida. Ella lo hace, él gira a su alrededor, sin tocarla. Philippe está cada vez más excitado, Colette cada vez más colorada. Sus pechos se hinchan a su pesar. El médico se detiene ante ella y toma un pecho con una mano, pasa la otra por la espalda, para fingir que examina la columna vertebral.

—Muy bien, veamos esa consistencia. Pechos firmes, en efecto... Duros incluso.

Se los palpa con ambas manos. A la muchacha le da vueltas la cabeza. Philippe ha movido la silla de sitio para ver mejor. Su tranca está rígida, sujeta por los calzoncillos. Quisiera tocarse, colocar mejor su sexo, pero no se atreve.

—¡Bueno! ahora hará usted pipí aquí. Es preciso analizar su orina.

Le tiende un amplio recipiente.

—Quiere usted decir que... ¿Aquí delante?

—No perdamos el tiempo, señorita, no estoy aquí para divertirme...

Kopfer ha contenido su risa al decirlo. La muchacha parece desconcertada.

Incrédula, mira a uno y a otro. Philippe le hace señas para que se apresure.

—Nunca podría...

—¡Vamos, vamos!

La voz del médico es seca. Espera apoyado en el borde de su mesa. Ella dobla las piernas, abre los muslos. Vuelve la espalda a su prometido. Philippe ve la raya peluda, el ano contraído. Puede sentir su olor, reconocer aquel aroma que le hace perder la cabeza. Ella tiene el recipiente bajo la vulva. Sus labios se abren solos. Está crispada, no se atreve a forzarse para orinar. El médico deja correr el grifo del lavabo cercano. Aquel ruido surte efecto. Fluye la orina, tímidamente primero, entre los labios mayores. Luego el chorro se hace más recio. Salpica. Finalmente, la muchacha, levantándose, tiende el recipiente al médico.

—Tiéndase ahí. Ahora tengo que examinar sus órganos genitales.

Ella adopta la posición; Kopfer llama a Philippe para mostrarle cómo está hecha su prometida. Abre los muslos de la muchacha. Enfoca una lámpara hacia la vulva entreabierta, húmeda de meados. Colette suspira y cierra los ojos. Conoce a Philippe, sabe que es muy celoso. ¿Cómo puede permitir que el viejo vicioso haga eso? Antes de tenderse en la camilla, le ha mirado y ha visto en sus ojos aquel brillo de excitación que tan bien conoce. El aspecto que tiene cuando desea joderla.

El médico habla con voz suave, no la toca. Muestra con el dedo el clítoris, habla de los grandes labios, dice que son carnosos. Describe su pilosidad. Ella se siente cada vez más avergonzada. Y, pese a ello, siente hormigueos en el sexo. Kopfer se hace cada vez más preciso en sus explicaciones. Y también en sus premunías.

—Cuando están ustedes solos, ¿le hace algunos tocamientos preliminares? Porque supongo que se la folla usted...

La pregunta es directa. Philippe vacila antes de responder afirmativamente. Kopfer roza con la yema del dedo el clítoris. Los labios mayores se hinchan. Todo aquello está excitando a Colette muy a su pesar. Con el pulgar y el índice el doctor descubre el clítoris.

—¿Le gusta que le haga esto?

—Sí, creo que sí...

Philippe ve como Kopfer se inclina y pega su boca al botón, para aspirarlo. Luego lo hace rodar entre sus dedos. La futura novia se agita, no puede ocultar su placer. Jadea. Sin aguardar más, Kopfer le hace doblar las piernas y los muslos, con las rodillas hasta el mentón. Mete dos dedos en la empapada raja. La muchacha se arquea. Él hurga. Philippe no tiene va, en sus calzoncillos, lugar bastante para su polla.

—¿La desvirgó usted?

—No. Fue un vecino, cuando yo tenía quince años.

Colette ha susurrado su respuesta, con los ojos entornados. Le duelen los pechos. Su vientre se crispa, su vagina se estrecha en torno a los viciosos dedos del doctor. Éste los agita cada vez más deprisa en la raja empapada de secreciones y orina. Retira

luego los dedos y comienza a interesarse por el ano de Colette. Con ambos pulgares separa y tironea la carne. Echa los pelos a los lados para poder pasar el dedo por el fruncido orificio que se contrae ante la presión.

Colette no puede creer que vaya a meterle un dedo en el culo. En el fondo de sí mismo, Philippe, en cambio, lo espera. Se toca la picha a hurtadillas, a través de los pantalones.

—¿La porculiza usted? Quiero decir si la sodomiza.

—Ella prefiere aguardar a que estemos casados. Dice que...

—Las mujeres son idiotas. Mire cómo se dilata su ano. Lo está esperando y le pide que tenga paciencia... Eso no es muy amable, señorita.

Ella se ha arqueado de nuevo. El dedo de Kopfer acaba de penetrar en su culo. Se muerde los labios para no lanzar un gemido de placer. El doctor invita a Philippe a meterle un dedo en la almeja mientras él hurga en su culo.

Philippe lo hace. Comprueba hasta qué punto está excitada su prometida. Colette se muerde las mejillas hasta que brota la sangre, para a no gemir. Los dos dedos, pertenecientes a dos hombres distintos, se agitan en su vagina y su ano. Pero el doctor le pide que se levante, tras haber retirado el dedo y ordenado a Philippe que haga lo mismo. La muchacha debe tenderse en el pequeño sofá. Se instala y abre los muslos antes de que se lo pidan. Pero nadie se ocupa ya de ella. Kopfer ordena a Philippe que se desnude por completo. Lo hace. Su polla está rígida, erguida por delante de su vientre. El médico se apodera de ella y la hace resbalar, calienta el descubierto glande.

—Veo que su prometido está muy excitado. Tiene que ser amable con él. Deje que la joda. Es muy normal. Y así podré comprobar si todo marcha realmente bien entre ustedes.

Ella no cree lo que está oyendo. El doctor masturba ante sus narices a Philippe, que se lo permite. Kopfer toma los huevos en sus manos, los palpa uno a uno. La polla de su prometido está cada vez más dura. Kopfer vuelve a tomarla en su palma, cierra los dedos sobre el tenso miembro.

—Muy bien, una rigidez adecuada. Está usted listo. Pero dese la vuelta e inclínese, para que pueda comprobar su ano.

Todo es demasiado irreal. Philippe, inclinado hacia delante, permite que el doctor separe sus nalgas y le toque el culo. Aquello le sorprende y le excita. El médico le ordena que se incorpore y vaya a joder con su prometida, para que pueda ver cómo lo hace. Philippe pregunta, hipócrita:

—¿Que haga el amor con ella? ¿Aquí, delante de usted?

—Debo comprobar que todo funciona realmente bien.

Ella oculta el rostro con las manos. Philippe se le tumba encima. En cuanto la rígida polla golpea su pubis, ella separa instintivamente los muslos. Su prometido se los levanta. Bajo la vulva se ve el ano que palpita. La verga erguida se insinúa entre los labios mayores y penetra de un solo golpe en la vagina. Incapaz de controlarse, el

muchacho da grandes pistonazos. Kopfer se ha puesto a su espalda. Mira, entre los muslos de Philippe, la polla que entra y sale de la vagina dilatada por completo. Comenta:

—Buena dilatación de la vagina. Los testículos ascienden, eso está muy bien.

Luego se acerca a la muchacha y le manosea los pechos. Sigue comentando. Ella está terriblemente excitada. Agita también los lomos para acudir al encuentro del sexo de Philippe; para que la penetre más y se clave en lo más hondo.

—Tiene usted ahí una buena jodedora, como se dice vulgarmente.

Kopfer pellizca los pezones de la muchacha. Ella gime, las aletas de su nariz palpitan, tiene los ojos en blanco. Philippe está empapado, como ella. El médico vuelve a ponerse detrás. Apoya su dedo en el ano de la muchacha y lo introduce de pronto.

—Bueno... Un pequeño consejo para un goce más fuerte, métale el dedo en el culo. Es excelente.

Ella no sabe ya lo que está haciendo. Rodea la cintura de Philippe con sus brazos, se agarra a él. El dedo de Kopfer se agita cada vez más deprisa. La poseen por sus dos orificios, dos hombres distintos. Nunca se ha sentido tan excitada.

—Puede usted hacer lo mismo —le dice el doctor—. El hombre eyacula inmediatamente.

La muchacha no ve ya nada, pero ha notado que el dedo salía de su culo y siente el respingo de Philippe. No, no es posible. ¡Eso no! Y sin embargo, Philippe gruñe, eyacula, se vacía con grandes chorros ardientes en el coño de su prometida. Se derrumba por fin sobre ella, con la polla dura todavía en la vagina que se contrae. La muchacha tampoco puede evitar el goce. Kopfer los obliga a levantarse, a vestirse de nuevo. Colette vuelve en sí, aparece la vergüenza. Siente resquemor por ambos, sobre todo por Philippe.

—Serán muy felices juntos —les dice echándoles de la consulta.

De regreso a casa, a mediodía, Valérie no come pese a la insistencia de su madre. Está demasiado asustada. Por la tarde tiene visita médica. Hace dos años de la última. Por aquel entonces era una niña, apenas tenía la regla. Pero hoy su cuerpo ha cambiado, se ha convertido en una mujer. No desea mostrar su cuerpo a un hombre, aunque sea médico. Hace una silenciosa plegaria esperando que sea una mujer. De lo contrario, tendrá mucha vergüenza. Es ingenua, no puede creer que los muchachos, Jean-Paul por ejemplo, puedan desearla.

Mientras atraviesa el parque al que da el gimnasio donde se celebrará la visita, siente que sus piernas tiemblan. A fin de cuentas, le parece ridículo sentir ese pánico. Con ella sólo habrá chicas, sus amigas, sus compañeras de clase. Por fin entra, con muchas otras que no parecen turbadas. En medio de la gran sala, dos enfermeras sentadas.

—¡En fila! —Grita la encargada.

Las llevan a las cabinas. Les dicen que se quiten la ropa y se queden en sujetador y bragas. Nada de pantis, pero las que lleven medias y portaligas tienen que conservarlos. Las que son ingenuas todavía, las que no son en absoluto viciosas, se preguntan por qué. Valérie se deja puestas sus medias marrón oscuro sujetas en lo alto de los muslos por un amplio elástico decorado con flores. Se quita lentamente el jersey y la falda. Se queda con sus castas bragas blancas y un correcto sujetador. Como las demás que llevan también medias, está realmente *sexy*. Algunas muchachas la devoran con los ojos, intentando adivinar el vello del pubis.

Vuelve a formarse la fila. El espectáculo es encantador. Algunas llevan ropa interior de adultas, algo incitante, blanca, rosa o incluso negra. La de Valérie es inmaculada, como conviene a una alumna de escuela religiosa, evidentemente virgen. No puede evitar mirar las abultadas nalgas de las muchachas que se contonean precediéndola.

Pasan a su vez ante las enfermeras: medidas, tensión arterial, toma de sangre. Les miden la caja torácica con una cinta métrica. Deben inspirar y expirar. Valérie se estremece cuando la enfermera roza su sujetador. El examen de los reflejos revela su miedo. La enfermera le dice:

—Espere turno para entrar en la habitación contigua. El médico va a hacerle una visita completa.

¿Qué significa una visita completa? Su ansiedad aumenta.

La encargada la ha empujado hasta la habitación vecina. Hela aquí en presencia del doctor Kopfer. Se sorprende al hallarse ante un caballero de edad que muy bien podría ser su padre. Su aspecto le parece poco tranquilizador. Lleva una bata blanca. Observa a la muchacha mientras finge consultar el expediente que le han entregado. La mira con atención, de pie ante él, de arriba abajo y de abajo arriba, se demora en los redondos muslos. Entorna los ojos al advertir las medias, cuyo color contrasta con la piel clara, se fija luego en la hinchazón de las bragas sobre el monte de Venus. Su mirada es penetrante. Hace que la temblorosa muchacha se adelante.

—¡Quítese el sujetador!

La voz es imperiosa. Valérie se ruboriza y permanece con los brazos colgantes.

—¡Apresúrese, señorita, sus compañeras aguardan!

Se decide por fin. Libera sus pequeños pechos de pezones rosados. El doctor toma las puntas a manos llenas, las tritura con el pretexto de descubrir un tamaño normal. Puesto que el masaje se prolonga, la mirada de la muchacha se hace turbia. Esa sensibilidad no se le escapa al doctor. Los pezones se endurecen.

—¡Quítese las bragas!

La muchacha se ruboriza. Se baja las bragas. Aparece el triángulo velludo. Es muy negro y rizado. Se siente molesta porque se encuentra en exceso peluda. El vello recubre su sexo y el nacimiento de los labios.

La mirada del médico se clava en la entrepierna. Ahora está desnuda pero

conserva las medias. Nunca ha estado así ante nadie y menos ante un hombre. Cruza sus dos manos y las retuerce, revelando su emoción. Kopfer, acostumbrado sin embargo, no deja de admirar la maravillosa desnudez, el fino talle, las caderas, el vientre redondo y liso y, naturalmente, el magnífico vello del pubis.

—Quítese los zapatos y tiéndase en la camilla.

No lamentó obligarla a quitarse los zapatos, planos y en absoluto eróticos. Valérie vacila antes de trepar a la camilla. El doctor la levanta por los lomos y la atiende. Luego acaba de quitarle las bragas. Las deja en su mesa.

—¡Abra los muslos!

Le coloca los pies en los estribos, para que exponga así la vulva. El aparato ginecológico le parece diabólico a la paciente. Está abierta de par en par y con las piernas dobladas. El sexo tiene una geografía perfecta, los pelos negros se extienden a lo largo de la raja, los labios menores no sobresalen demasiado, como ocurre a veces. Kopfer los abre con un gesto y aparece la vulva. Ve el reluciente orificio, obstruido por el himen. El pequeño clítoris asoma. Por debajo de la raja, en el nacimiento de las nalgas, ve el rosetón del ano.

—¿Nunca se ha tocado usted?

—¿Cómo?

—Si se masturba. ¿Sí o no?

La voz de Kopfer es seca, sus dedos están fríos.

—No, no... ¡Nunca! —se indigna ella.

¿Cómo confesar que casi cada noche, sola en su cama, se da placer? La muchacha siente que el doctor amplía la abertura de la vulva, hurga con la punta de los dedos en los repliegues de carne rosada, descubre el clítoris y comienza a hacerlo rodar entre sus dedos. Del abierto sexo se desprende un discreto olor. Sus glándulas secretan en abundancia. Ella se arquea bajo aquellos dedos huroneadores, no puede contener un gemido cuando le pellizca con más fuerza el botón. Se humedece más aún. Levanta las nalgas, se agita, lanza un gritito cuando él le frota con la uña el ano virgen.

—¡Oh no, no está...!

La confusión y el placer la invaden. El médico insinúa el dedo en el ofrecido culo. Ella se arquea de nuevo. Con la otra mano, el médico no ha dejado de pellizcarle el clítoris. Se la casca dulcemente.

Siente deseos de tocarse los pechos, pero no se atreve. Le avergüenza que aquel hombre la toque, un médico tan mayor para ella. El dedo hurga con mayor brutalidad. Siente que va a desfallecer, como cuando se acaricia el clítoris mucho rato, por la noche, en la cama. Está a punto de gozar. El ano se estrecha en torno al dedo que sigue deslizándose por el agujero de su culo.

—Basta, doctor...

El sudor le da escozor en los ojos, le duelen los pechos. Pero el dedo sale de golpe y deja de tocarle el clítoris.

—Puede usted vestirse. Todo va bien.

Cuando se levanta la cabeza le da vueltas.

Su corazón palpita en exceso. Se pone las bragas y el sujetador. Se ha quedado con las ganas, su decepción le avergüenza. Vuelve a la gran sala, espiada por las demás muchachas que aguardan y ven una aureola en la delgada tela de sus bragas. Se viste a toda prisa, sale precipitadamente. Se pregunta si sus compañeras sufrirán la misma suerte. Oye a sus espaldas dos chicas hablando.

—Este matasanos es un viejo asqueroso —dice una.

Valérie echa a correr. Quiere estar sola. Se pregunta si tiene que contar al consiliario que la confiesa lo que acaba de vivir. A fin de cuentas, cuando se masturba no dice nada.

¿Y Jean-Paul? No lo comprendería. Es demasiado serio. Sospecha, ciertamente, que querría besarla; pero nada más. Él no es un vicioso.



MICHÈLE, que ha llegado a Autun para efectuar una sustitución en la subprefectura, se encuentra muy sola. Piensa volver a ver a su amiga de la infancia, Adeline. La ha citado en la Brasserie du Commerce, junto al Campo de Marte. Son casi las siete de la tarde. Georges, que siente curiosidad por la chica, acompaña a Adeline. Desea impresionarla y se ha puesto un estricto traje gris con americana recta. Clava en Adeline una mirada imperiosa y llena de deseo que la petrifica.

Se quedan unos instantes sin decir nada, Tras haber encargado las bebidas, jugo de fruta para la muchacha, *whisky* para su patrón. Entra Michèle, vacilante. En el campo, una muchacha no entra sola en un lugar público. Ve a Adeline que le hace una señal. Se tranquiliza. Las dos amigas se besan. Adeline presenta a Georges:

—El señor Georges de Maubourg, mi patrón.

Michèle le encuentra guapo, su edad le sorprende. Él le tiende la mano, mirándola con sus ojos azules. La muchacha siente entonces un pequeño hormigueo en lo más hondo de su sexo. Sus bragas se mojan. ¿Qué le sucede?

Comienzan a hablar de cosas sin importancia. Georges, mientras contempla a la muchacha, intenta adivinar sus piernas, desnudas y bronceadas. Pone fin a la cháchara:

—Adeline no podrá verla durante unos días, tiene mucho trabajo. Pero he invitado a unas amigas a una excursión campestre, el domingo próximo. La invito también. Iremos a buscarla a casa de su tía.

La criadita no ha abierto la boca; agacha la cabeza, sigue a Georges que se ha levantado, obediente y sumisa. A Michèle le parece que tiene un aspecto extraño, le decepciona no poder hablar más tiempo con su compañera, pero le encanta la invitación de un muchacho tan apuesto. Podrá así conocer a la juventud dorada de la ciudad. Eso complacerá a su tía.

El sábado, Georges telefona a Jean-Paul. Se dispone a acampar en el bosque, con algunos muchachos y chicas. Jean puede ir también, al día siguiente, con Valérie. Le pide así mismo que recoja a Michèle.

—Habrá una sorpresa para ti —dice.

Jean-Paul confía y comienza a imaginar algunas escenas lúbricas como aquéllas de las que, el otro día, fue protagonista la pequeña Adeline. Se siente muy feliz. Llama a Valérie para transmitirle la invitación. Se encontrarán muy de mañana, en misa.

Doblan las campanas de la catedral, hace muy buen tiempo, el sol acaba de salir. Valérie se ha puesto una faldita vaquera y un corpiño azul claro, de manga corta. Para asistir al oficio, se ha puesto encima una chaqueta. La falda deja sus rodillas al descubierto. Jean-Paul las contempla mientras su amiguita está sentada a su lado, absorta en la liturgia. Le gustaría ver a través del tejido, imagina las braguitas. ¿De

qué color serán?

La misa ha terminado. Valérie se levanta para salir de la iglesia. Su compañero la toma del brazo. La chaqueta le impide sentir la suavidad de la piel.

Han subido en el 2 CV que le han regalado los padres de Jean-Paul. Con el movimiento que hace para sentarse al lado del conductor, Valérie descubre un poco sus muslos. Para el muchacho, es el suplicio de Tántalo, aquel rey que nunca podía alcanzar lo que deseaba.

Van a buscar a Michèle. No la conocen, pero espera en el lugar indicado, en la acera. Le hacen una señal. La muchacha se siente decepcionada al ver que Georges no acude a la cita y por tener que subir a un coche tan modesto, pero no dice nada.

Va muy fresca para seguir la moda. Lleva un vestido muy corto, negro, ceñido, con tirantes cruzados a la espalda, y un jersey amarillo de manga larga. A Valérie le gusta su elegancia. Sus muslos quedan al descubierto, Jean-Paul, al volverse, puede entrever, fugazmente, un retazo de bragas blancas.

Michèle no dice palabra. Valérie habla con Jean-Paul ignorando a la pasajera que, para ella, es sólo una pequeña campesina sorprendentemente vestida. Tal vez se sienta algo celosa. Han tomado la carretera indicada por Georges. En el lindero de un gran bosque, un prado permite a los campesinos de las aldeas cercanas hacer pastar sus cabras. Es un lugar ideal para los enamorados y muchas parejas van a hacer el amor en la hierba. Es también el paraíso de los mirones, que se ocultan en los bosquecillos de los alrededores para espiarlos. A menudo, también acuden muchachas solas, deseando que las aborden. El lugar es muy conocido.

Georges y cuatro muchachas más han plantado sus tiendas y pasado la noche sin dormir demasiado. El domingo por la mañana todos se atarean ante una hoguera para preparar la comida de mediodía.

Jean-Paul ha dejado el 2 CV en un camino cercano. Las risas guían al trío, las ovaciones le reciben. Las cuatro muchachas se lanzan hacia Valérie y Michèle y las besan ruidosamente. Los invitados de Georges se sienten un poco intimidados y no saben qué hacer, a pesar de las demostraciones de amistad de unos jóvenes a los que no conocen. Georges ha besado también a Valérie y Michèle, abrazando a ésta más de lo conveniente. La muchacha se siente conmovida pero también extrañada. Creía poder encontrar a Adeline y comprueba que no está allí. Una vez más, no se atreve a preguntar nada.

Las demás muchachas son inagotables: Georges es un amigo maravilloso, han hecho el amor toda la noche; Josette, la más viciosa de la pandilla, ha bailado desnuda con todos los muchachos: Valérie y, sobre todo, Michèle quedan perplejas al escuchar estas palabras. ¿Es natural comportarse así?

Valérie, siempre dispuesta a hacer favores, se ofrece para ayudar en la cocina. Michèle la sigue.

Philippe —al que hemos visto ya en casa del doctor Kopfer— ha acudido con Colette, su prometida. Le propone a Jean-Paul un paseo por el bosque. Colette se une

a ellos. Cuando están ya lejos de los demás, sin que la presencia de Jean-Paul le turbe en absoluto, Philippe abraza a su futura mujer, la besa en la boca. Su lengua, al encontrarse con la de su compañera, la hace desfallecer. La sujeta con fuerza por las caderas. Jean-Paul no sabe qué actitud adoptar y se siente excitado. Ve entonces la mano de Philippe que sube bajo las anchas faldas y se agita entre los muslos. La muchacha gime. Murmura:

—Los demás están esperando.

Philippe la suelta a regañadientes. Jean-Paul le sigue por el sendero. ¿Se atreverá también a tocar a Valérie? Cuando regresan, todos los miran con aire irónico. Creen sin duda que Jean-Paul ha participado en los retozos de los otros dos. Pero eso sorprendería a Georges, que le conoce bien.

Los tres invitados se instalan sobre una manta. Georges ha descorchado una botella de borgoña blanco como aperitivo. Valérie se siente cómoda. No está acostumbrada y el vino se le sube a la cabeza. Pierde, pues, su pudor habitual. Sus faldas se levantan un poco, se pueden ver sus muslos. Por lo que a Michèle se refiere, muestra por completo sus bragas blancas. Comienza la comida, salpicada por bromas de sal más o menos gruesa por parte de los hombres, y por risas de las mujeres que son un buen público, incluso Valérie.

Se sirve luego el café caliente. Los muchachos comienzan a magrear a las muchachas, a darles pequeños besos, a acariciarlas furtivamente. Jean-Paul no se atreve a tocar a Valérie. Georges, ahora, acaricia abiertamente los muslos de Michèle, que le deja hacer. Su mano llega a las bragas y las roza. Michèle piensa que así son las cosas en la alta sociedad y no quiere parecer una palurda. Georges acaricia con más suavidad que los campesinos. No cabe duda.

Con el pretexto de un combate de lucha, los muchachos se han apoderado de Jean-Paul y le mantienen tendido de espaldas, con los hombros en el suelo. Todo el mundo forma un círculo a su alrededor.

—Dejad que me levante ahora. ¡Ya basta!

Nadie responde a sus gritos de protesta. Se agita, pero le sujetan con más fuerza aún. Josette, la viciosa, se ha levantado las faldas hasta la cintura para descubrir sus muslos y sus pequeñas bragas a flores. Se ha sentado luego en la hierba y desabrocha el cinturón de cuero de Jean-Paul. Le baja de pronto los pantalones. El muchacho no puede creer que estén haciéndole aquello delante de todo el mundo. Quisiera evitarlo pero no puede moverse. Valérie está allí; ve como Josette le baja los calzoncillos a Jean-Paul. No cree lo que está viendo. El sexo está flácido, es minúsculo. Josette agita su punta burlándose.

—Caramba, es una buena pollita, ¿no es cierto?

Jean-Paul tiene vergüenza. Ve todos los rostros vueltos hacia él. Valérie contempla su polla y sus huevos. Josette toma su sexo con dos dedos y comienza a cascársela. La polla se hincha, crece entre los hábiles dedos. Es voluminosa pero corta. Con la otra mano le magrea los cojones. Jean-Paul no puede evitar la erección.

Vuelve la cabeza hacia Valérie y ve sus muslos hasta las bragas. Se empalma más aún. Josette ríe, descapulla el glande que apunta al cielo. Estrechando la polla entre sus manos, inicia un vaivén cada vez más rápido. La tranca se pone cada vez más dura. Aumenta un poco de longitud. Jean-Paul se entrega al multiplicado placer de darse en espectáculo. Valérie nunca ha visto tanto, al igual que Michèle. Contempla el sexo de Jean-Paul, siente vergüenza por él, quisiera que todo se detuviese, pero está húmeda. Se siente molesta. Para Jean-Paul, eso nada tiene que ver con los tocamientos de su profe de piano. Ahora se está exhibiendo ante otras chicas y, sobre todo, ante Valérie.

Josette se levanta, se agacha ante sus ojos para proseguir. Su falda ha vuelto a caer sobre sus muslos, pero ella los abre mucho para que él pueda verla. Acerca su mano a las bragas, tira de la estrecha franja de tela para tomar sus labios mayores y ponerlos al descubierto.

Jean-Paul lo ve todo, huele a muchacha, un silvestre olor a transpiración, a piel caldeada por los rayos del sol. Se arquea, cierra los ojos y eyacula en las manos de Josette, salpicando su vientre. Esta sensación de estar inundado es más humillante aún. Se siente ridículo. La suelta. Se levanta, seca ante todo el mundo el esperma pegado a su vello púbico. Evita encontrar otras miradas. Se sube calzoncillos y pantalones. Cuando ha eyaculado todo el mundo se ha reído, salvo Valérie. Georges le habla.

—Dime, monada: ¿Le has dado gusto a los ojos?

Ella no sabe qué contestar, balbucea. Siempre comprende las cosas demasiado tarde. Le ha llegado el turno. La agarran, la tienden en la hierba. También ella se debate, aúlla, insulta. La sujetan por los tobillos con los brazos tendidos al aire.

—Puesto que el espectáculo te ha interesado, ¡te toca a ti!

Ella gime revelándose. Jean-Paul sabe lo que siente ahora, pero no hace nada. Quiere ver, está impaciente. Mientras Valérie comienza a llorar, Georges levanta lentamente su falda. Las muchachas se frotan los muslos, están húmedas. A los muchachos se les hincha la polla. Poco a poco, se hace el silencio. Aparecen los muslos blancos; luego, las inmaculadas y castas braguitas, cubriendo los pelos del pubis que sobresalen a cada lado. Valérie sigue creyendo que no se atreverán, que podrá conmoverles con su llanto, que se compadecerán. En vano. Georges pasa la mano bajo el elástico de las bragas y las baja de un tirón hasta las rodillas. El monte de Venus, negro, exhibe su triángulo de pelos castaños. Los ojos de los testigos intentan adivinar el nacimiento de la raja entre la maleza. Georges le pellizca los muslos; ella aúlla, no puede impedirle que él meta entre ambos su mano. Desliza un dedo en la vagina empapada y revela en voz alta que es virgen.

Josette lo aprovecha. La muy viciosa se sienta a horcajadas en el pecho de Valérie y se inclina para chuparle el clítoris. Ve, sobre ella, el rostro desencantado de Jean-Paul. Pero ¿a qué espera para salvarla, para combatir por ella? La lengua de Josette lame su clítoris, siente entre sus muslos el aliento tibio de la muchacha. Josette

zambulle su rostro entre las piernas, lame a grandes lengüetazos, se incorpora para escupir un pelo, y luego vuelva a aspirar los blandos labios mayores de Valérie. La víctima no puede contener unos grititos de gozo, pero los demás están gritando ya.

—¡Dadle la vuelta, queremos ver su culo!

Se encuentra tendida boca abajo. Muestra sus nalgas, Georges las abre. Valérie se muere de vergüenza. Georges sigue comentando, afirma que huele a culo de hembra. Y mete su dedo en el ano. La muchacha aúlla, pide socorro, pero su culo se crispa, su vientre también. Recuerda a Kopfer, el doctor. Siente que va a gozar.

Abre un poco los muslos; se distinguen las ninfas que rodean la vagina, muy cerca del pequeño orificio. El dedo vuelve a salir, demasiado aprisa, con demasiada brutalidad. La sueltan por fin. La muchacha se levanta, se sube rápidamente las bragas, se alisa la falda y, sentada en la hierba, solloza desesperadamente con la cabeza entre las manos.

Jean-Paul no ha perdido ni un ápice de la escena y hubiera deseado que se prolongara. Se le acerca y la toma hipócritamente en sus brazos. La acuna con dulzura, le acaricia las rodillas. Su sexo sigue hinchado. La chica se tranquiliza. Los demás adoptan una actitud tierna y amistosa, como si nada hubiera ocurrido. ¿Quién podría creer que las bragas de Valérie están empapadas?

Michèle se siente también conmovida, dividida entre un extraño placer y el temor a que le hagan lo mismo. Pero no es seguro que no lo desee un poco. De momento, excepto Georges, nadie le presta atención.

Todos se han vuelto hacia Adeline, que, conducida por el criado Alex, ha aparecido en el lindero del claro y se dirige hacia el campamento. Lleva un sujetador negro y una faldita de tenis blanca, que se balancea al compás de sus pasos. Calza unas sandalias blancas. No dice palabra. Michèle corre a besarla. Sus faldas son muy cortas y es una maravilla ver los dos pares de muslos, pálido el uno y bronceado el otro, que se unen.

—Amigos míos, ¡aquí está mi criadita! Mi criada para todo —exclama Georges.

Michèle está pasmada. Valérie se compadece mientras Adeline baja los ojos y se pellizca los labios ante las risas de esta juventud que no tiene consideración con una sirvienta.

—¡Acércate, pequeña!

Cuando todos la rodean, Georges levanta la faldita y muestra que no lleva bragas. Ven pues, fugazmente, el pubis de vello rubio y algo de las desnudas nalgas.

—¡Naturalmente, todos pueden tocar!

Philippe, ante la celosa mirada de su prometida, llama a Adeline, le ordena que mantenga levantada su falda. Le pellizca las piernas y la grupa y, luego, la empuja hacia otro muchacho, Pierre, que repite los mismos gestos impúdicos.

Cuando ha sido ya examinada y palpada, Georges le ordena que sirva unos refrescos. Ofrece los vasos y sirve a todo el mundo una sangría helada. Todos, incluso las muchachas, salvo Valérie y Michèle, continúan pellizcándole las piernas, los

muslos, y metiéndole sus manos bajo la falda. Algunos le tiran de los pelos, otros le palmean las nalgas. Comienza a derramar lágrimas.

—¡Qué mojitata! —dice Colette, despechada al ver su complacencia.

Le hace una zancadilla a Adeline, que cae entre risas y chirigotas. Michèle no participa, para no llamar la atención. Los muchachos no dejarían de bajarle, también, las bragas. Mientras las muchachas, acompañadas por Valérie, Michèle y Jean-Paul, se levantan para dar un paseo, los muchachos se disponen a jugar una partida de naipes.

Georges ha atado las manos de Adeline a la espalda, le ha encadenado los tobillos y la ha tendido en la hierba. La muchacha le dirige miradas enamoradas. Él le pasa la mano por las nalgas.

—¡El vencedor de la partida habrá ganado una mamadita de mi criada!

Esas palabras son acogidas con nutridos aplausos.

Mientras, durante su paseo, Jean-Paul intenta abrazar a Valérie. Ésta le rechaza.

—No has intentado defenderme —le reprocha.

—¡Tampoco tú me has defendido!

Cuando regresan, le sorprende el silencio que reina entre los jugadores, todos sentados, con las piernas cruzadas, alrededor de Pierre.

Él ha ganado la partida. Está arrodillado. Adeline, que sigue con las manos atadas, se ha tendido de costado. El vencedor ha posado el glande en sus labios. Con la boca abierta lo aspira. Cuando Jean-Paul y los demás se inclinan para verlo, aquel gran sexo desaparece en la boca. Adeline, dócil y resignada, comienza a chupar. Valérie y Michèle, que ignoraban esta práctica, parecen pasmadas. Se sientan aparte. Valérie se dice que una mujer puede utilizar su boca como si fuera un sexo. Michèle está fascinada.

Pierre da un empujón con el vientre y la verga desaparece casi por completo, hundiéndose casi hasta la campanilla. Comienza luego a ir y venir, como si copulara. Ha puesto la mano en la cabeza de la mamona para incitarla a aspirarlo más a fondo. Adeline siente náuseas. La agarran por la nuca, se siente prisionera de aquella enorme cosa. Su cabeza es forzada a subir y bajar. A Georges le divierte advertir que Jean-Paul no se pierde detalle del cuadro.

Pierre comienza a jadear. Ha agarrado la hermosa cabellera rubia y tira de los rizos. Eyacula en el fondo del gáznate. Adeline, casi asfixiada, se esfuerza por tragar el líquido viscoso. La sacuden los espasmos. Pierre se retira entonces mientras unas gotitas de esperma salen de los labios y corren por el grácil cuello. Jean-Paul advierte que Adeline tiene los pechos desnudos. Pierre, ebrio de placer, se derrumba junto a la criada. Josette, inflamada por lo que acaba de ver, grita:

—¡Ahora me toca a mí!

Hace resbalar las bragas por sus piernas y se las quita del todo. Se sienta al revés, con los muslos abiertos, poniendo la totalidad de su sexo y su culo a la altura del rostro de Adeline. Ésta lame los rosados labios de la abierta raja. Su lengua asciende

hasta el voluminoso clítoris, que cuelga. Josette se levanta para ofrecerse mejor. Lanza grititos con los ojos entornados. Su melaza unta el rostro de la criada.

Josette se aplasta más aún sobre su boca. La nariz de la joven sirvienta está junto a su peludo culo. Se humedece más aún. De pronto, sus muslos se cierran. Adeline ya no puede respirar. El sexo de Josette se hincha contra su boca, se contrae cadenciosamente. Un nuevo sabor aparece en la lengua de Adeline. La muchacha sentada sobre su rostro se corre más aún, incluso su ano parece oler más. Finalmente, se deja caer junto a la criada, tocándose los pechos, gimiendo. Georges vuelve a la carga, pellizca las nalgas de su sirvienta, bajo la corta falda.

Valérie ve acercarse a Jean-Paul, invitado por su amigo. Se inclina y acaricia los muslos de la muchacha. Más lejos, Michèle acaba de permitir que Pierre le quite las bragas y se las meta en el bolsillo. Finalmente, Georges da la señal de partida. Desmontan las tiendas, cargan los coches.

En el camino de regreso, el silencio reina en el 2 CV de Jean-Paul. Transcurrido algún tiempo, Michèle comienza a hablar, excitada, visiblemente satisfecha de su primer contacto con los jóvenes burgueses de Autun.

Antes de partir, Georges les ha invitado al cine. No se han atrevido a negarse, pero, en el fondo de sí misma, Valérie busca una excusa para escapar de la nueva trampa. No consigue concentrarse. Recuerda a Jean-Paul magreando los muslos de Adeline. ¿Y si fuera menos serio de lo que creía?

JEAN-PAUL se siente desesperado ante el silencio de Valérie. ¿Le reprocha lo que ha ocurrido? De momento, finge interesarse por el paisaje. Nadie parece prestar atención a las palabras volubles de Michèle.

—Tengo que avisar a mi tía si no voy a cenar.

Se han detenido en un bar, desde donde Michèle puede llamar. Jean-Paul y Valérie se han instalado en una mesa, en la humosa sala. La muchacha sigue muda. Él la mira y se dice que las mujeres son muy difíciles de comprender. Michèle regresa, contenta. Piden tres Martini y, luego, tres platos combinados. Sólo Michèle devora, los demás comisquean. El lugar es el bar favorito de los jóvenes de la ciudad, juegan al billar eléctrico.

Valérie, curiosamente, no se siente en absoluto enojada por el atentado a su pudor.

Pero, desde entonces, cada vez soporta peor la presencia de Jean-Paul, y también la de esa Michèle. Quisiera que la dejaran tranquila.

—¡Qué delicioso vino! —dice Michèle ante la general indiferencia.

Necesita aturdirse; una mínima corriente de aire entre sus piernas le hace recordar que no le han devuelto las bragas. Sigue con las nalgas y el sexo desnudos: ¡excitante sensación!

Pierre que, con los demás, ha tomado un tentempié en casa de Georges, no ha dejado de enseñar las braguitas. Se han burlado de Michèle. Podrán burlarse de las dos muchachas y, tal vez, ponerlas en condiciones, como Georges ha hecho con Adeline. Hacen trabajar su imaginación, alentadas por Josette. Colette, la prometida de Philippe, está un poco asustada, sigue turbada por el coito impuesto ante el doctor Kopfer y, sin embargo, sorprendida por las costumbres de los amigos de su futuro marido. Quiere a Philippe, tendrá que acostumbrarse.

Llegan al cine y aguardan a Jean-Paul y a las dos muchachas en el vestíbulo. Cuando se presentan, Georges les da las entradas que ha comprado.

Jean-Paul ha querido ignorar a Valérie, se ha sentado junto a Michèle. Valérie está a la diestra de Georges, que no hace comentario alguno. Sin saber por qué, se siente bien.

La luz se apaga. Es el acostumbrado y tedioso cortometraje. Georges observa el perfil de su vecina; ha tirado del borde de su falda y une las rodillas. La presencia de Georges la turba más de lo que querría admitir. Le recuerda levantándole las faldas y siente todavía la calidez de su mano entre los muslos. Se siente húmeda. Se abstiene de mirarle, finge ignorarlo, parece interesada por el insípido documental.

Jean-Paul, muy preocupado, no se apasiona tampoco. Michèle, a su diestra, no deja de ir bullir en su silla. Acerca la pierna, luego el muslo. Él siente su calidez. Ella se apoya cada vez más, sin éxito. Jean-Paul pone por fin la mano en su muslo, al borde de la falda, pero no intenta caricia alguna. Michèle, a la que no le molestaría



quitárselo a la muy pija de Valérie, decide que el muchacho es tonto, tal vez impotente. Cuando la luz se enciende en el entreacto, se aleja ostensiblemente de él. Claude se ha sentado junto a ella. Substituirá ventajosamente al tal Jean-Paul.

—¿Sabes que llevo tus bragas en el bolsillo? —dice con un aspecto vicioso lleno de sobreentendidos—. Se las he quitado a Pierre.

Michèle se ruboriza sin responder, finge leer el programa, con aire indiferente. Georges le ha comprado a Valérie un helado de chocolate y ella lo acepta espontáneamente. El muchacho se complace viendo aquel cono entre sus labios. Imagina que podría ser su sexo. ¿Por qué no? Ha tomado la decisión. Convertirá en una libertina a esa pura muchacha que frecuenta la iglesia. La película sucede en Praga. Hay un joven médico que adora hacer que las muchachas se desnuden, como el doctor Kopfer pero con menos edad. Las chicas preguntan tímidamente.

—¿Tengo que quitármelo todo?

—Sí, quítaselo todo.

Valérie está fascinada. Claude ha abrazado a Michèle y la estrecha con fuerza. Su mano le acaricia el cuello, le pellizca el lóbulo de la oreja. Jean-Paul ve como la otra mano se mueve bajo la minifalda, entre los muslos. Agita el tejido al rebullir. Jean-Paul imagina en qué lugar. Su verga crece. Claude ha acercado sus labios a los de Michèle. Su lengua la fuerza a abrir los dientes y encuentra la otra lengua, penetrando hasta el fondo de la garganta. La pequeña comienza a jadear. Es la primera vez que la besan así. Abre los muslos cuando la mano del joven sigue subiendo. Se deja magrear la raja, el clítoris. Él introduce un dedo en la empapada vulva y topa con la barrera de la virginidad. Piensa que es un chollo, nunca ha desvirgado a nadie.

Por su lado, Georges pone su mano en la rodilla de Valérie, no dice nada, un ligero temblor se apodera de ella. Sigue mirando la pantalla, no se atreve a volver la cabeza hacia su vecino. La mano asciende muy despacio bajo la falda. Desea que llegue más lejos, no sabe ya donde está. Georges lo aprovecha. Mete su dedo bajo el elástico de las bragas, encuentra los pelos rizados, descubre el clítoris y lo pellizca. Valérie nunca ha experimentado semejante sensación. El tipo que le ha hecho tantas cosas ante los demás parece, ahora, tierno y dulce. La muchacha se agita, su respiración se acelera. Georges le toca los labios mayores, hace pasar la yema de su dedo a lo largo de la húmeda raja y, de pronto, aparta la mano, recupera una actitud correcta. Está jugando con ella, pues vuelve a la carga algunos segundos más tarde. Esta vez, su dedo penetra en la vagina para rozar el himen. La chica lanza un grito, un espectador se vuelve. Georges deja de tocarla.

Valérie, que se ha quedado con hambre, agita los muslos; le duele la punta de los pechos. Se endurecen. La película está casi finalizada. Querría agarrar la picha a través de los pantalones, abrirla la bragueta, palpar por fin un sexo de hombre. Recuerda a Jean-Paul tendido, con los calzoncillos bajados y la polla rígida. Le parece ver el esperma que brota en densos chorros. Cada vez está más excitada, Roza el brazo de Georges para recordarle que está ahí. Él la mira. Por un breve instante, sus

ojos se encuentran en la penumbra.

Finalmente, él vuelve a tocarla. Esta vez aparta más aún el elástico de las bragas. Ella abre los muslos, para que el dedo llegue al nacimiento de las nalgas. Él busca el ano, mete su dedo en el culo de Valérie. La muchacha se muerde los labios para no gritar. Jamás habría pensado experimentar semejantes sensaciones en su vagina si alguien le metía el dedo en el culo. Él hurga, aprovecha el orificio donde todo está permitido. Se ha inclinado hacia ella, pasa la lengua por su mejilla y luego roza el borde de los labios. Ella quisiera responder al beso. Curiosamente, se deja porculizar por el dedo pero no se atreve a besar al joven.

Jean-Paul nada ha visto de su juego, demasiado ocupado espiando, en la oscuridad, las caricias de Claude entre los muslos de Michèle. Su tranca está muy tensa en los calzoncillos. Le gustaría sacarla y cascársela. Pero la película ha terminado, se hace la luz y los espectadores se levantan. Valérie está de pie, conmovida todavía. Georges adopta un aire impasible.

Jean-Paul se ha reunido con su amiga, la ha tomado del brazo. No sospecha nada. En la acera, toda la pandilla permanece un rato charlando y bromeando. Valérie dice buenas noches y se va rápidamente, sin esperar a Jean-Paul. Corre hacia su casa. Josette, que lo ha comprendido todo, estrecha la mano de Georges y suelta:

—¡Felicidades! ¡Especie de sátiro!

Valérie entra en su casa sin hacer ruido. Sus padres duermen ya, se siente aliviada. No desea hablar ni, sobre todo, responder a las insólitas preguntas de su madre. Le cuesta conciliar el sueño.

Jean-Paul tampoco puede dormir. Recuerda a su amiguita, con las bragas bajadas, mostrando su pubis tupido y negro. De modo que ésa era la sorpresa prometida. ¡El bueno de Georges es formidable!

Imaginando ahora los labios abiertos de la vulva de la pequeña doncella, vuelve a masturbarse...

Claude ha acompañado a Michèle. Han caminado por las calles desiertas, iluminadas por la luna. Él ha comenzado tomándola de la mano, luego le ha puesto un brazo en los hombros, le ha tocado el pecho a través del jersey, rozando los firmes pezones. Se detiene entonces para darle un largo beso en la boca. Michèle jadea.

A pocos pasos del domicilio de su tía, él la empuja hacia una puerta cochera, la pega a la pared, levanta sus faldas por detrás y le tritura las nalgas, obligándola a pegarse a él. Saca entonces su pene y fuerza el paso entre los muslos. La virgen está asustada. El sexo erguido le parece monstruoso. Se desliza entre sus muslos, siente el glande chocando con el nacimiento de sus nalgas. Sigue besándola mientras intenta meter su polla en la vagina. Ella le rechaza, no quiere que la desfloren así. No de pie en un zaguán.

—No tengas miedo, le dice Claude acercándola más aún.

Desabrocha la falda, que cae al suelo. Tiene ahora las nalgas al aire, los muslos desnudos. Le da la vuelta y la pega a la pared. La polla vuelve a resbalar, entre las

nalgas esta vez.

—¡Oh no, eso no!

Claude maldice. La muchacha le gusta, su olor le turba. Se limita a meterle el dedo en culo. Ella suelta un breve gemido. El interior del ano es cálido y liso. Penetra hasta el fondo. Se la casca con la otra mano. Luego, le da la vuelta y se pega a ella. Se frota contra el velludo pubis, entreabre los labios con la punta del glande. Ella le deja hacer suplicándole que no la penetre. Al muchacho le cuesta contenerse. El glande entra apenas en el orificio vaginal, para salir enseguida. Claude se aparta, sin aliento.

—Tómala en tus manos.

Ella se atreve a hacerlo, torpemente. Es larga, dura y muelle al mismo tiempo. Y cálida; también viscosa, por su melaza.

—Y mis huevos... ¡Aguarda!

Los saca de sus pantalones, ella los toca uno tras otro. Son peludos y redondos. Ahí está él, ante ella, con los brazos colgando, mirando cómo le toca, cómo descubre su anatomía. Siente que va a eyacular. Pero no quiere, se mete la polla y los huevos en los calzoncillos y cierra la bragueta.

Ella ya no comprende nada. Recoge su falda. Él se acerca, toma sus pechos a través del jersey para palparlos y la besa de nuevo. Le susurra al oído:

—Te veré muy pronto... Y te haré lo que Georges le ha hecho a Adeline.

Ella murmura un sí apenas audible. Contempla al muchacho que se aleja y advierte que no le ha devuelto las bragas. Pero le importa un comino.

GÉRALDINE cuelga el teléfono, esboza una sonrisa. Sus ojos brillan. El doctor Kopfer acaba de comunicarle el deseo de una dama cuya sobrina, pequeña campesina, necesita educación. Quiere que le enseñen a comportarse en sociedad.

Como puede suponerse, se trata de la pequeña Michèle. Además de piano, Géraldine impartirá, pues, cursos de buenas maneras. Se alegra de antemano por el partido que piensa sacar de ellos.

Pero no ha terminado sus experimentos. Marca el número de Georges de Maubourg:

—Estoy poniendo a punto un original sistema de clases de piano. Estoy segura de que va a interesarle. ¿Puede usted visitarme con su criadita? ¿Podría prestármela?

Se citan para aquel mismo anochecer. Georges anuncia a Adeline que visitarán a la señora Chavet, que desea utilizar sus servicios.

—¡Vístase, pues, adecuadamente!

Adeline se ha puesto un pequeño vestido azul celeste, muy correcto, no tan corto como el que le obligan a ponerse cuando sirve la mesa. Se pone unas largas medias negras y zapatos de tacón. Se presenta así ante su dueño, bajando los ojos.

Con un gesto imprevisto, Georges la agarra de un brazo y la tumba en el sofá. Le levanta las faldas y se asegura de que se haya puesto unas sobrias braguitas blancas. Vuelve a ponerla de pie y le dice que es preciso apresurarse. A la señora que se disponen a visitar no le gusta esperar.

No tienen que tomar el coche. El apartamento está muy cerca.

Géraldine lleva un estricto vestido negro y, con una boquilla dorada en la boca, tiende la mano a Georges; les hace entrar en el saloncito donde está el piano. Adeline sigue intimidada. La anfitriona parece ignorarla. Se queda, pues, de pie mientras Georges y su antigua amiga charlan, bromean y saborean un fuerte oporto. Géraldine finge entonces descubrir la presencia de la criada.

—¡Aquí está la viciosilla de la que me has hablado! ¡Qué bonita es! Acércate, pequeña, ¿Sabes que eres muy bonita?

—No lo sé, señora.

Géraldine adopta un aire sereno:

—¡Mantente erguida y baja los ojos cuando me dirijas la palabra! ¡Me gustan las muchachas que se muestran modestas!

Adeline permanece en mitad de la estancia, esforzándose por adoptar la actitud que le dictan. Géraldine se ha llevado a Georges para mostrarle los nuevos taburetes de piano que le han enviado. Vuelven hacia Adeline con aires de entendidos, muriéndose de risa. Lllaman entonces a la puerta de entrada.

Adeline da un respingo, angustiada sin saber por qué. Acaba de llegar Jean-Paul para la lección acostumbrada. La profe no le ha dicho nada. Entra y se sorprende al

ver a su amigo Georges y, sobre todo, a la criadita.

—Siéntate —le dice Georges en un tono cordial.

Géraldine le sirve un oporto. Adeline, que sigue de pie, no se atreve a moverse y no dice ni una palabra. Se pregunta qué espera esta vez de ella. Sabe que suele dejarla así. No puede evitar que la mirada de la señora Chavet la llene de terror. Se siente también turbada ante Jean-Paul, después de lo que ocurrió el otro día.

—Bueno, pequeña —dice la mujer—, esto es como la consulta del médico, tienes que desnudarte.

Adeline no sabe qué decir. Advierte una vez más que tendrá que exhibirse desnuda.

—Pero hay un pero, ¡primero te quitarás las bragas!

—¿Las bragas?

—¡Sí! Tendrás que levantarte un poco las faldas para que podamos entrever tus muslos: nada es más excitante.

Se ha hecho, opresivo, el silencio.

Adeline tiene que obedecer. Se levanta un poco el vestido. Las bragas salen por sus tobillos. Georges tiende la mano y se las mete en el bolsillo.

—Hay un segundo pero —dice Géraldine—. Jean-Paul te ayudará a desnudarte. Sin duda nunca ha podido poner en pelotas a una moza.

A regañadientes, Adeline se coloca ante él. Jean-Paul, ruborizado, se levanta y desabrocha torpemente los botones de la espalda del vestido. Libera los brazos. La muchacha le ayuda, el vestido cae a sus pies. Jean-Paul, que ahora está empalmado, se encarga del cierre del sujetador: Adeline está desnuda.

—Conserva las medias y los zapatos —dice Géraldine.

Las medias negras están sujetas en los muslos por un ancho elástico. Pueden contemplar el triángulo rubio del monte de Venus. Jean-Paul quisiera meter la mano ahí, pero no se atreve.

—Iniciemos, pues, nuestras pruebas —dice Géraldine.

Georges, provisto de unas disciplinas, ha sacado del armario vecino un curioso taburete. Es un asiento minúsculo, forrado de terciopelo rojo, que tiene la forma de un sillín de bicicleta. La parte destinada a sentarse no es mayor que un plato de postres.

—¡Pequeña, siéntate en el taburete!

El dueño refuerza su orden dando un violento zurriagazo en los muslos de la pasmada muchacha. Se sienta lentamente.

El sillín desaparece entre sus nalgas. La grupa, así, se amplía y se pone de relieve. Géraldine lo aprovecha para darle unas fuertes palmadas.

Por el peso del cuerpo, el asiento lastima la vulva y se hunde en ella. La mano de la mujer cae regularmente, obligando a Adeline a dar un respingo. Unos gemidos suceden a los gritos de dolor. La muchacha comienza a frotar su entrepierna contra el terciopelo. Es necesario un nuevo zurriagazo para que se levante.

Unas gotas de líquido corren por sus muslos.

—No parece que esta muchacha tenga ganas de ternura, ¿verdad?

Géraldine se aproxima a la joven y le magrea los pechos ante los otros dos. Adeline lanza pequeños gemidos. Tras los golpes con las disciplinas, aquello le procura una sensación increíble. La mano de Géraldine se infiltra entre sus nalgas. Le ordena que se ponga de rodillas y lo hace. La mujer aparta sus nalgas, mete un dedo en su culo y luego dos. Los esfínteres ceden y sufre la introducción de un tercer dedo apretando los dientes. Hurgan en su ano, tiene la impresión de que algo la desgarran, pero el sordo dolor deja pronto paso a un calor que invade su vientre. Los dedos de Géraldine salen del culo para penetrar en la rosada almeja, rodeada de vello rubio. Sabe que su ano ha quedado abierto, dilatado. Luego, la profe vuelve a meterle un dedo en el culo, lo más profundo posible.

—Son trabajos de flexibilización, muy útiles... Ahora tienes que limpiarme el dedo.

Géraldine obliga a Adeline a levantarse. Acerca a su boca los dedos que acaban de penetrar entre sus nalgas. Siente su olor, le da asco pero, de todos modos, chupa entre arcadas.

Le ordenan por fin que se levante. La profe le da unos golpes con las disciplinas entre los muslos. Las correas golpean el clítoris. Adeline quisiera que entrara en su pequeña concha de carne rosada y fruncida. Pero, por el contrario, se yergue, endurecido en medio de la mata de pelo rubio.

Georges, ante la mirada de sus amigos, ha sacado ya un segundo taburete.

Éste es de forma normal, redondo, forrado de terciopelo. De un costado del asiento brota un falo de plástico, de tamaño medio. De la base cuelga un cable eléctrico provisto de un enchufe.

Adeline ha comprendido. Agacha despacio la parte baja de su cuerpo. Georges le abre los muslos, se pone en cuclillas y, mientras ella va sentándose, dirige la cabeza del falo hacia los labios menores de su vulva.

—¡Siéntate más deprisa! —dice Géraldine asestando una palmada en las nalgas.

El falo ha desaparecido en la vagina húmeda. La paciente no se atreve ya a moverse. Georges enchufa. Las vibraciones sacuden todo el cuerpo. Adeline se ha empalado en un vibrador que funciona cada vez más deprisa. Para que no sienta la tentación de liberarse, la mujer se apoya en sus hombros.

La muchacha comienza a lanzar unos gritos. Deben detener la máquina antes de que se produzca el orgasmo. Surge un tercer taburete, igual que el precedente pero con el falo más voluminoso. Esta vez, Adeline palidece de aprensión. Su ano debe ser penetrado. Puesto que vacila, mientras Georges dirige el sexo ficticio hacia el pequeño orificio, Géraldine flagela la parte alta de sus muslos. La penetración se completa de un solo golpe. De nuevo enchufan el instrumento. Los implacables verdugos han decidido prolongar las vibraciones. La víctima grita, abre y cierra las piernas, sujetándose la cabeza con un gesto de goce y desesperación al mismo tiempo. Está para comérsela con sus medias y sus zapatos, mientras se frota los

muslos uno contra otro. Se levanta y se deja caer, reproduciendo los movimientos de una desenfrenada sodomización. Hace una mueca, tiene los ojos en blanco.

Georges y Géraldine se miran con aire entendido. Cortada ya la corriente, deben ayudarla a levantarse. Le cuesta mantenerse de pie. La reaniman con un poco de oportó. Sin preocuparse por su fatiga, Georges saca un nuevo taburete. Adeline lo mira con unos ojos como platos.

—No, no quiero, ¡no puedo más! —aúlla.

—Esta vez me extrañaría que gozaras dice Georges.

La muchacha cae sentada sobre la moqueta y observa, asustada, los preparativos. Aquel taburete, redondo, tiene el tamaño de un plato. Es de ébano, negro y brillante. En su centro se ha fijado un falo de marfil. Conectado con la gran polla, por debajo del asiento sale un tubo. Georges conecta una manguera de caucho. Adeline no comprende lo que están preparándole. Jean-Paul se siente cada vez más curioso. Géraldine grita:

—¡Y ahora, muchacha, a sentarse en el taburete!

Georges le hace una señal a Jean-Paul. Toman a Adeline, cada uno por un brazo, y la obligan a levantarse. La arrastran mientras todos sus miembros tiemblan.

Georges se ha agachado tras el asiento y dirige a la víctima hacia el falo. Géraldine la empuja para que se siente. El enorme falo penetra. Adeline queda empalada. Siente que su ano se abre y se dilata.

Georges trae un depósito de clister lleno de agua caliente y jabonosa. Lo cuelga de un gancho en la pared, conecta a la base el extremo del tubo de caucho y, luego, le dice a Jean-Paul que sujete a la muchacha para impedir que se levante. El joven obedece con placer malsano.

Georges ha abierto el grifo del clister: Adeline solloza. El agua humeante penetra en sus entrañas, su vientre se hincha, su frente se cubre de sudor. El jabón hace efecto, siente unos sordos cólicos. Cuando el depósito está vacío, debe levantarse. Se retuerce.

—¡Cuidado! Voy a...

Géraldine dice con voz dura:

—¡Debe contenerse si no quiere ser azotada! ¡No quiero ver ni una sola gota saliendo de su culo!

El miedo le hace apretar las nalgas. La mujer comienza entonces a frotarle el vientre, arrancándole unos gritos. Viendo que no puede aguantarse más, los muchachos la llevan al aseo, Debe aliviarse en su presencia, con la puerta abierta de par en par. Entonces, Jean-Paul no puede resistirlo. Se lanza a las rodillas de su profe y se baja los pantalones para que se la menee.

—Adeline, póngase de rodillas a los pies de este muchacho —ordena Géraldine.

Empuja la nuca de la chica, le aproxima el rostro al sexo de Jean-Paul. Adeline, mientras la mujer sigue sujetándole la cabeza, comienza a chupar. Muy pronto, Jean-Paul manda a su gaznate un increíble chorro de esperma, que ella traga ahogándose y

tosiendo. El líquido corre por su barbilla y sus pechos. La muchacha mantiene el miembro en su boca, sintiendo que disminuye de volumen. Jean-Paul acaricia maquinalmente sus cabellos. Tras tanta brutalidad, ella se abandona a aquella ternura. Tras una señal de Georges, puede por fin levantarse. Seca sus lágrimas y Jean-Paul le ayuda a vestirse. Georges le ha tendido las bragas. El chico le ayuda a ponérselas.

Se inicia una amable conversación, como si nada hubiera ocurrido. La señora Chavet se pone por unos instantes al piano, toca la melodía preferida de Georges. Luego, dice:

—Si no tiene inconveniente, me quedaré unos días con la pequeña. Tengo que enseñarle mucho todavía.

—Con mucho gusto —dice Georges.

Adeline esboza un ademán negativo, pero su dueño añade:

—Es evidente que nadie le pregunta su opinión.

La criadita no abre la boca. «Sufre todo eso porque está enamorada», piensa Géraldine. Por lo que se refiere a Jean-Paul, su pensamiento se dirige a Valérie, la amiguita a quien le gustaría entregar a la profe de piano.



A pesar de los esfuerzos de su amigo Georges para hacerle contemplar a las muchachas como instrumentos de placer, Jean-Paul no sabe qué pensar. No ha vuelto a ver a Valérie. Le ha telefoneado, pero, al reconocer su voz, ella ha colgado.

Jean-Paul recuerda sin cesar la escena del claro, recuerda las braguitas bajadas, la raja rosada, las nalgas de su amiguita. Se masturba imaginándolo. Recuerda también a Adeline, en casa de Georges, en los taburetes de Géraldine. Súbitamente presa de un sentimiento de venganza, quiere hacer sufrir a Valérie toda clase de sevicias. Cuenta con Georges para lograrlo.

—¿Por qué no toma también lecciones de piano? —ha dicho la profe, que sigue tocándole, más viciosa aún tras la escena con Adeline—. Un día les invitaré, para verla —ha prometido.

Por lo que a Valérie se refiere, la han sorprendido varias veces distraída en clase. Todo le parece carente de interés. Experimenta una irrazonable sensación de malestar. Vagabundea por el apartamento familiar. Su madre piensa que es una simple crisis de adolescencia.

Valérie se arriesgó a visitar a la viciosa Josette, que ocupa una pequeña habitación, no muy lejos. Ésta la hizo sentarse en su sofá y se acomodó junto a ella. Valérie habla abundantemente. Y sólo trata de Georges.

Josette intenta una caricia detrás del cuello de su visitante, que no reacciona. Josette acaricia ahora las rodillas unidas, su mano asciende a lo largo de los prietos muslos y roza las húmedas braguitas... Sin duda, la prueba es concluyente.

—¡Pero pequeña, si estás enamorada!

Oprime la vulva a través del fino nylon. Valérie se levanta de un salto, la mano se retira.

—¡No, no estoy enamorada de este chico que no respeta a las muchachas!

—Las muchachas adoran que les falten al respeto, ¡y tú la primera!

Valérie aduce un trabajo urgente y huye seguida por las carcajadas de su compañera.

Con el transcurso de los días, descubre la verdad: está enamorada de Georges, enamorada por primera vez, no piensa más que en eso.

Pero ¿la quiere Georges? Si no la quiere, si la rechaza, se matará.

Este descubrimiento le da cierta audacia. Temblando, intenta telefonearle varias veces, en balde. El criado responde siempre que su dueño está ausente, tras haberle hecho decir su nombre. Georges ha sido avisado por la fiel Josette. Está hecho unas Pascuas: su plan parece tener éxito. Siente cierto hormigueo en la punta del glande. Pasan los días y, por fin, se digna contestar. Una vocecilla tímida le dice:

—Si fuera posible, me gustaría volver a verte.

—Estos días estoy muy ocupado. No sé qué quieres de mí, pero podré recibirte dentro de una semana. El próximo miércoles a las 2 de la tarde. ¡Sé puntual!

La muchacha tiene ganas de dar saltos de alegría. Su corazón late con fuerza. Pero Georges cree oportuno añadir, fríamente:

—Es probable que, si vienes, pierdas de nuevo las bragas.

Y luego cuelga. Valérie queda petrificada, con el auricular en la mano. La amenaza le da miedo. Pero ¿es realmente una amenaza? Su miedo se ve acompañado por un secreto placer inconfesable. Pierde el sueño; escucha la querida voz repitiendo:

—Perderás las bragas, perderás las bragas...

Recuerda la escena del prado. Había testigos, entre ellos Jean-Paul, al que ya no podía soportar. Quisiera mostrar su cuerpo al muchacho al que ama, pero no tendrá valor para hacerlo. ¿Irás?

Georges es el objeto de todos sus pensamientos. Ha tomado ya la decisión, hará todo lo que quiera. Es suya. Durante esos días de espera, hace novillos. La creen enferma, pero se niega a ver al médico.

Llega por fin el fatídico miércoles. Valérie, angustiada, se siente empujada por una fuerza desconocida a la que el consiliario del colegio llamaría *el Diablo*.

Son las 2. Se halla, con el corazón palpitante, ante la gran puerta de roble, resuena la campana. Oye girar la gran llave en la cerradura. Ya no puede retroceder.

El criado abre. Adopta un aire impenetrable, inclinándose obsequiosamente:

—¿Es usted la señorita que espera el señor Georges?

—Sí.

Su respuesta es casi inaudible, pues tiene un nudo en la garganta. Lleva una amplia falda plisada, blanca, y un corpiño de flores que aumenta sus jóvenes pechos. Sin que lo advierta, el criado la examina con avidez. Le parece realmente muy mona. Se aburre desde que Adeline se ha quedado en casa de los Chavet. ¿Colmará ésta el vacío?

Ha entrado en el salón Regencia de tonos azul nocturno. Georges, con un batín, se levanta y la toma de las manos: un instante de absoluta felicidad para Valérie, que lo olvida todo. Georges la estrecha entre sus brazos, como si quisiera asfixiarla, y la besa en la boca. Su lengua se insinúa y encuentra la de la muchacha que desfallece. Nunca la han besado así. Mirándola a los ojos, Georges se deja caer en un sillón.

—Pequeña Valérie, arrodíllate ante mí, muy cerca.

Ella obedece, hipnotizada. Georges tira de sus largos cabellos negros obligándola a inclinar hacia atrás la cabeza. Sus negros ojos revelan espanto.

Sin dejar de mirarla, desabrocha lentamente el corpiño, descubriendo un pequeño sujetador blanco adornado con encaje. Desabrocha las mangas. Una vez sin corpiño, Valérie permite que le quite también el sujetador. La punta de sus pequeños pechos desnudos se endurece ya.

—¡Pon las manos a la espalda!

El gesto pone de relieve el pecho. Georges toma aquellos globos que se le ofrecen, manosea los pezones. Valérie jadea. Eso dura mucho tiempo. Luego, el joven

estira los pechos, los palpa, pellizca las puntas. La muchacha lanza un grito de dolor. Georges se inclina entonces, opera una sabia succión. Su víctima suspira.

La obliga a levantarse entre sus apretadas rodillas. La falda blanca cae, le baja los pantis; aparecen las bragas blancas, a juego con el sujetador. La besa lentamente, descubriendo el pubis de negro vello. Desliza una mano entre los muslos, encuentra el clítoris y lo frota, observando el rostro de Valérie cuya mirada zozobra. Le obliga a quitarse por completo los pantis y las bragas. Está absolutamente desnuda, con las manos a la espalda. Magrea y pellizca sus hinchadas nalgas.

—¡Abre los muslos! ¡Date la vuelta, inclínate, abre tus nalgas con las dos manos!

Son los mismos gestos que le impone a Adeline. También ésta es dócil. Tras el espejo sin azogue, el criado contempla la escena. Ve, de una ojeada, la vulva y el culo.

Georges está de pie. Se abre el batín. Aparece su sexo, erguido entre los faldones de la prenda. Obliga a Valérie a tenderse en el sofá, le abre los muslos y hunde allí la cabeza. Ella siente la lengua que abre sus labios mayores. La punta se insinúa en el orificio. La muchacha se dilata más aún. Él le levanta los muslos, le lame el culo tras haberse abierto paso por entre los pelos negros. Ella lanza unos breves gemidos, cierra los ojos. Él le chupa el culo; ella suspira y se encuentra sentada de nuevo en el borde del sofá. El muchacho se pone de rodillas entre sus muslos y frota su rígida polla contra la empapada vulva.

Tiene miedo, le han contado tantas cosas sobre el dolor terrible de la desfloración. Y, sin embargo, lo desea tanto... Casi tiene ganas de tomar la polla entre sus dedos para obligarla a penetrarla. Pero Georges se toma su tiempo, le lame los pechos y sigue deslizando su duro miembro por entre los labios mayores. De pronto, siente la punta del glande sobre el orificio. Él levanta la cabeza y la besa en la boca. La muchacha se abandona a la inesperada ternura y la lengua penetra entre sus labios, en su boca. Ella siente el olor de su ano y su vulva, eso la excita más aún. El glande penetra poco a poco en ella. Valérie se contrae, dispuesta a afrontar el dolor. Abre los muslos al máximo, para facilitar la introducción. Siente el olor de su sexo, que asciende, la cabeza le da vueltas, intenta recuperar la respiración cuando la boca se aparta de la suya. Se pregunta qué está esperando. Él la mira con un extraño rictus en los labios. Se aparta un poco, pero el glande sigue atrapado entre los labios mayores.

—Mira entre tus muslos.

Ella obedece. Ve su polla rígida, cuyo glande desaparece en el negro bosque de su vello, Se inclina más aún para contemplar sus labios mayores, pegados al tallo, redondeados y brillantes de melaza. Él se quita el batín, ella le ve desnudo. Entre los muslos, bajo el miembro descubre los peludos cojones.

—Mira cómo te conviertes en una mujer.

Penetra un poco más en ella, tras haberla tomado por la cintura. La polla choca con el himen. Una descarga eléctrica le atraviesa la vagina. Una quemadura y la polla penetra ya por completo, los cojones le golpean las nalgas. La muchacha hace una

mueca. El vuelve a besarla, aquel beso la embriaga y olvida el dolor que ha sentido. Luego, comienza a moverse en ella y la muchacha siente que su vagina se contrae, se ciñe a la forma de la tranca que la ha desvirgado.

Ahora es suya, sólo suya. Se entrega, lanza algunos grititos. Quisiera tenderse y que él se acostara encima, pero sigue de rodillas. Siente que los huevos se hacen cada vez más duros entre sus nalgas. Ella le dice que le ama, él no responde. Ella quiere ternura, él se limita a joderla cada vez con más fuerza.

No comprende por qué hace un ademán con la mano, al aire, como si llamara a alguien. Están solos. Ella ignora que el doméstico sigue contemplándolos tras el espejo sin azogue.

Alex entra en la estancia cuando ya está a punto de gozar, cuando Georges se vacía en sus entrañas a grandes chorros ardientes. Ella le sacude del hombro, como para decirle que el hombre está allí pero, al mismo tiempo, tiene un inesperado orgasmo, como si no fuera ya dueña de su cuerpo. El bajo vientre se bloquea, transpira de pronto y se abandona mirando a Alex, de pie en el centro de la habitación. Siente vergüenza y al mismo tiempo le excita. Ya no lo sabe, se deja caer hacia atrás mientras Georges se retira. Sus piernas siguen abiertas, apenas tiene fuerzas para poner su mano ante el sexo abierto. Se mira los dedos y ve un poco de sangre.

—Encárguese de la pequeña según tengo ordenado.

A ella le avergüenza mostrarse desnuda al hombre que la mira con tanta insistencia. Ha vuelto en sí, no comprende qué quiere decir Georges, por qué no se muestra más tierno. Acaba de entregarse a él, y es el primero. Tiende la mano hacia la blusa, intenta ocultar su desnudez, pero Alex la agarra y la obliga a seguirle.

—Georges... Dile que me deje ¿Adónde me lleva?

Ni siquiera la escucha. Se encuentra en un salón, Alex la pega a la pared con puño de hierro. Pasa la mano entre los muslos de la muchacha, que tiene miedo, que no sabe qué hacer. Hurga entre sus labios, mete un dedo, de pronto, en su conejo, dolorido aún, lo saca luego y lo mira. Está reluciente de melaza y esperma y hay un poco de sangre.

—Ya veo que el señor ha hecho un buen trabajo.

—Déjeme salir de aquí...

En vez de soltarla, le coge los pechos y los magrea, la vuelve de cara a la pared y hurga entre sus nalgas. Ella lloriquea, implora. Un dedo penetra en su culo. Siente de nuevo un difuso hormigueo en los muslos y los lomos. La pared está helada, sus pechos, aplastados, se endurecen de nuevo.

Le extraña que pueda excitarse otra vez.

—Buen ojete, muy elástico, se ciñe bien...

Le da de nuevo la vuelta, seca con el dorso de la mano las lágrimas que corren por las mejillas de la muchacha.

—Obedezco las órdenes de mi dueño y usted también.

Se dirige hacia un pequeño aparador, junto a la puerta, y regresa con un corsé negro, muy corto.

—Póngase eso. Mi dueño quiere que lo lleve hasta la próxima vez. No tiene que quitárselo por ningún concepto. Ni siquiera para lavarse.

Ella le deja hacer. Se lo pone, lo ata por detrás. Lo hace tirando con todas sus fuerzas. Valérie se ahoga y sus desnudos pechos ascienden. Su talle nunca ha sido tan fino. A su pesar, se dice que sufre por amor. Con el culo y el pompón al aire, al igual que los pechos, la lleva ante Georges, que está bebiendo un *bourbon* y hojea una revista. Levanta la cabeza y pasa la mano por el negro vello. Ella tiene lágrimas en los ojos.

—Te quiero —dice la muchacha.

—Alex te acompañará. Hasta pronto.

La empujan fuera, la obligan a vestirse en la entrada principal, ante la puerta. Por la calle, se mantiene muy erguida. El corsé le recuerda a cada instante el poder de Georges sobre su cuerpo. Sobre su vida.

LA transformación de Valérie ha sido rápida. Tiende instintivamente a bajar los ojos, a hablar lo menos posible. Sus padres nunca la han visto tan reservada, tímida, estudiosa. Piensan que es el resultado de la educación religiosa que le dan. El corsé que la oprime, en efecto, le da la impresión de haber entrado en religión.

La vida es normal en apariencia. Ha vuelto al colegio, habla con sus amigas. Pero no ha visto de nuevo a Jean-Paul, no acude a la misa del domingo sin que sus padres lo sospechen. Encontrándose sola, el timbre del teléfono logra que su corazón dé un salto. Es la voz de Georges. Primero, quiere saber:

—¿Cómo vas vestida?

—Llevo mi corpiño blanco y mi falda plisada azul marino.

—¡Levántate las faldas para escucharme!

Ella obedece, temblando.

—¿Lo has hecho? ¿Enseñas las bragas y las medias?

—Sí, amor mío...

—¡Sabes que debes obedecerme sin vacilar! Te espero en casa el próximo miércoles a las dos, como la semana pasada.

—Iré —dice.

Ha colgado. Ella se siente inundada de felicidad.

El día y la hora fijados —sólo ha vivido para ese momento—, corre a casa de Georges. Le abre el mismo criado de rostro triste. Sin decir palabra, la lleva a la habitación donde la tocó. La muchacha se siente ansiosa. ¿Qué querrá ahora? Él se pone a sus pies y dice:

—Por favor, levántese por completo las faldas.

El cortés ruego es una orden. Y, como vacila, añade:

—Debo comprobar si lleva usted su corsé.

Le pone las manos en las caderas y le baja bruscamente las bragas: allí está el corsé. Se ha puesto unas bragas de fantasía y ha fijado al corsé unas medias decoradas. Alex adopta un aire duro:

—La señorita se ha quitado el corsé. Estaba más apretado.

—¡He tenido que hacerlo para lavarme!

Él adopta un aire afligido.

—¿Qué dirá el señor? ¡Probablemente va a castigarla!

Ella no responde; se sube rápidamente las bragas blancas, ocultando su negro triángulo, y deja caer la amplia falda. Alex ha abierto la puerta del salón y la empuja para que entre. Allí está Georges, sonriente, que la besa. Ella lo olvida todo. El criado se queda unos instantes para informar a su dueño de la desobediencia que ha advertido. Georges no dice nada. Cuando se quedan solos, no hace alusión alguna a las palabras del fámulo. Con voz suave, pero imperativa, ordena:

—¡De rodillas y con los brazos a la espalda!

Ella adopta la pose indicada, como la vez anterior.

—Desnúdate por completo, y sola.

Se desabrocha el corpiño, exhibe los pechos. Georges, una vez más, los palpa y los pellizca largo rato. La muchacha se levanta, la falda cae y se la quita.

—¡Conserva tus medias y tus zapatos!

Se ha bajado las bragas lentamente, exponiendo el bajo vientre.

—Quítate el corsé.

Está desnuda. Las medias caen sobre sus zapatos. Georges se ha levantado, le ha magreado los globos nalgares, los ha pellizcado con violencia. Se sienta en una silla Regencia, frente al espejo sin azogue. Le pellizca las piernas por encima de las rodillas. Eso provoca un reflejo que le hace abrir los muslos. Él saca la verga de sus pantalones.

—¡Ven a mamármela!

Ella no se hace de rogar. Se arrodilla entre sus muslos y toma la polla, rígida y venosa, en sus manos. Él abre sus pantalones, se los baja de pronto junto con los calzoncillos. Ella ha retrocedido para dejarle hacer. Está más excitada todavía. Ahí está él, sentado, en calcetines y camisa. Abre de nuevo los muslos y ella puede ver, bajo la tensa polla, los grandes huevos que cuelgan. Por debajo, imagina el nacimiento de la raya de las nalgas, el ano oculto por la maraña de pelo castaño.

Él se incorpora, la toma del cabello y la acerca para que le lama el sexo. Ella ni siquiera lo toma con las manos. Va directamente a buscar el grueso glande malva con la boca y lo envuelve. Su corazón late con fuerza. El miembro está caliente, palpita entre su lengua y su paladar. No puede impedirse tomar los cojones con ambas manos, los sopesa, los acaricia, los siente girar en su velludo saco. Quisiera acariciarle las nalgas, pero está sentado.

—Cuidado con los dientes... Haz como si tu boca fuera una vagina... Una vagina con lengua...

La muchacha se aplica. Hace resbalar la polla entre sus labios, el glande choca con el fondo de su garganta, le cuesta respirar. Cuando propina unos golpecitos con la lengua en el meato, Georges da un respingo. Ella le mira sin dejar de chupar. Cree que ha cerrado los ojos, pero está contemplándola con una cruel sonrisa. Le ordena que se detenga y que se ponga sobre él a horcajadas. Quiere que ella misma se empale. Colocándose en equilibrio sobre el muchacho, se hunde en la almeja la polla húmeda de saliva. De pronto tiene calor, unas gotas de sudor corren bajo sus brazos. Se mueve de arriba a abajo, se levanta y se empala estrechando los labios de su vulva. Con la boca entreabierta, se pone a jadear suavemente.

Georges no tiene que hacer nada y, sujetando a Valérie por el talle, goza viendo sus nalgas bailando en el espejo. Admira su polla que entra y sale por entre las nalgas de la raya. Siente brotar su esperma e inunda a la muchacha que oculta el rostro en su cuello, con la cabeza apoyada en su hombro. Él la rechaza.

—¡Ponte de rodillas para escucharme! ¡Mantén los muslos abiertos! No te

autorizo a limpiarte. De acuerdo con lo que Alex me ha dicho, debes ser castigada.

—Haré lo que quieras —responde ella.

Él toma la fusta que sirve para Adeline. Se acerca, Valérie no se ha movido. Le propina un golpe, con todas sus fuerzas, en las nalgas. La muchacha lanza un aullido. Aparece una marca roja. Lloro.

—¡Ven hasta mis pies caminando de rodillas!

Le tiende la mano que acaba de golpearla, Ella la besa. Obligándola a levantarse, Georges la besa de nuevo en la boca. Ella es feliz. Él recoge sus ropas, abre la puerta del salón y las arroja en las losas de la entrada.

—¡Ahora vas a marcharte! —grita.

La muchacha sale, se viste. Alex, que se mantenía cerca, la toma del brazo, palpa todo su cuerpo antes de acompañarla a la puerta, hasta la calle. Valérie se siente culpable. ¿La llamará otra vez? Ha vuelto a ponerse el corsé. ¡Pobre cosita!

Por la noche, telefonea a Georges sollozando. Quiere asegurarse de nuevo su amor, Alex responde que su dueño está ausente.



DURANTE estos acontecimientos, Adeline no ha regresado a casa de Georges. Géraldine la guarda consigo, en su domicilio rural, adonde la llevó la primera noche.

En el coche que la lleva a un destino desconocido, la pequeña se siente atormentada, tanto más cuanto su provisional dueña no le dirige la palabra.

Llegan por fin. Tras haber cruzado la campiña al anochecer, el coche entra en la propiedad. Los neumáticos chirrían sobre la grava. Las puertas cristaleras de la gran mansión están abiertas. Una cadena estereofónica difunde *Water Music* de Haendel.

De regreso de la fábrica, Chavet, marido de Géraldine, está tomando un *whisky* en la terraza. Géraldine ha hecho bajar a Adeline del coche y la arrastra sujetándola con fuerza del brazo. El industrial examina a la muchacha, mira sus cabellos rubios, rizados, su minifalda azul, sus medias negras, sus zapatos de tacón, los finos rasgos del rostro, Le complace sobre todo su aspecto amedrentado.

—Pero ¿quién es esta niña? —pregunta.

—El joven Georges nos presta por algún tiempo su pequeña esclava... Quiero decir su pequeña criada para todo.

—¿De verdad? ¿Para todo?

—Bueno, responde —dice Géraldine.

—Hago todo lo que el señor Georges me pide, señor.

—Georges te ha confiado a nosotros y debes ser obediente.

—Sí, señora.

Charles Chavet comienza a sentirse divertido, y también algo excitado.

—¡Acércate, pequeña! ¿Cómo te llamas?

—Adeline...

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años...

Adeline está plantada ante aquel caballero que le intimida y podría ser su padre. Sin elevar la voz, éste añade:

—Muy bien, levántate las faldas para que pueda ver un poco.

Ella vacila.

—¿No eres la esclava de Georges? Entonces esto debe de resultarte familiar.

Se levanta el corto vestido azul. Exhibe sus bragas blancas. Chavet ve la abombada forma del sexo, los pelos rubios que sobresalen de la tela.

—Acércate un poco más...

El industrial se inclina, introduce el dedo bajo el elástico y tira para descubrir los labios mayores. La muchacha le excita. Le gustan sus piernas enfundadas en seda.

—Charles —dice Géraldine—, no seas tan impaciente. Debo mostrar su habitación a la niña.

—De acuerdo, pero la ropa que lleva no es adecuada. Quiero que antes se la quite

delante de mí.

—¿Has oído? —pregunta la mujer.

Adeline suspira. Tendrá que desnudarse otra vez, y ahora ante ese caballero. Se está convirtiendo en una costumbre...

Desabrocha el vestido. Mientras intenta quitárselo por la cabeza, queda atrapada en la tela, ciega. Adivina que está mostrando así su ropa interior, sus medias y sus piernas. Liberada por fin, descubre sus pechos, se quita las bragas. La obligan a conservar, como de costumbre, sus medias oscuras. Charles está fascinado por el triángulo de vello dorado sobre la piel blanca.

Toma sus ropas debajo del brazo y Géraldine la conduce hacia una escalera de madera barnizada cuyos peldaños rechinan. Géraldine sigue sujetándola por el brazo, aprieta con fuerza su codo. La pequeña se siente avergonzada de estar desnuda. Se estremece.

Su dueña ha abierto una puerta esculpida y la hace penetrar en una pequeña habitación con las paredes forradas de madera. La ventana que da al jardín tiene unas cortinas de flores. Un rayo de sol poniente ilumina una pequeña cama rústica de cobertor multicolor.

Adeline deja su ropa en una poltrona. Cree que va a ponerse un uniforme de criada, pero allí no hay nada semejante.

—Irás casi desnuda —dice Géraldine—. Con tus medias y tus zapatos de tacón.

Obliga a la muchacha a tenderse en la cama, abre el compás de sus muslos e introduce dos y, luego, tres dedos en su vagina. Los agita frenéticamente. Adeline se humedece sobre la cama, jadea, acaba gritando en un orgasmo rápido, inesperado. La prueba es concluyente.

Mientras, Charles, que se ha quedado solo, comienza a soñar. Lector asiduo del marqués de Sade, podrá por fin poner en práctica cierto número de fantasías con esa muchacha que le cae, milagrosamente, en las manos. Oye a ambas mujeres bajando la escalera. Adeline sigue a su dueña, por completo desnuda aún, ruborizada.

—Acabo de cascársela a la muchacha —dice Géraldine—. Goza de un modo increíble. Es bueno para lo que queremos hacer con ella. Mientras, irá a la cocina y se pondrá a disposición de nuestra vieja criada para servirnos la cena. Sírveme ahora un aperitivo, todo eso me ha dado sed.

Cuando Adeline se ha marchado, el marido mete la mano bajo las faldas de su esposa y encuentra, bajo la tela de las bragas, una raja peluda y húmeda.

—Querida —le dice—, eres maravillosa. Sabes cómo satisfacer mis gustos.

—¡También son los míos!

Con una gran palmada en las nalgas, la criada ha mandado a Adeline a poner la mesa. Entra en la sala de estar con un montón de platos. Le han dicho que comería en la mesa de los dueños.

Durante la comida, Géraldine y Charles hablan de trivialidades. Desnuda, Adeline come fijándose por primera vez en el marido de Géraldine. Es alto, tiene barriga y

pocos cabellos. Cuando habla, su boca se tuerce en un rictus desagradable, como si hiciera una mueca. Acostumbrada sin embargo, por Georges, a situaciones tan extrañas, no puede evitar sentirse excitada. Su pecho se levanta revelando su emoción. Le parece que su almeja se pega a la silla en la que está sentada.

Liberada ya la mesa, debe tenderse encima. Mientras toman el café, la tocan por todas partes, insistiendo en los pechos y en el capuchón del clítoris. Adeline sabe que si siguen palpándola por todas partes gozará ante ellos. Sus pechos se hinchan bajo los pellizcos. Géraldine juega con sus labios mayores, tira de ellos, los hace rodar con dos dedos. Le ordenan que se la casque. Posa el dedo en su clítoris y lo mueve al compás. Comienza a levantar las nalgas y a lanzar grititos. No puede evitar el goce. Charles Chavet está ante ella, mira entre sus muslos. Ella siente su aliento en su pimpollo. Inunda el mantel y, de pronto, dos manos la arrastran hasta el borde de la mesa. Géraldine le baja los pantalones a su marido, toma la corta polla rígida y la pone ante el orificio vaginal de Adeline. El hombre la empala de un solo golpe. Ella goza por segunda vez, antes de que él eyacule. Se contrae alrededor de la polla que chorrea en sus entrañas. La gran panza tiembla sobre su pubis. El hombre se retira. La toman de los brazos, la levantan, la sientan sobre la mesa. Géraldine le da un largo beso hipócrita mientras Charles le acaricia los pechos.

—¡No puedo más!

—Te vienes conmigo. Eso no ha terminado. Tengo que enseñarte el juegucito, hermosa.

Géraldine se encarga de ella, la agarra del brazo y la arrastra al piso superior. A Adeline le cuesta caminar derecha. Tiene el cuerpo dolorido. Géraldine le limpia la raja de las últimas gotas de espermatozoides de su marido y también las piernas en las que hay dos largos churretones de viscoso jugo. A Adeline le da vueltas la cabeza. Quisiera dormir pero se siente aún excitada.

Provista de unas disciplinas, Géraldine le impone una gimnasia inédita. Quiere mostrarle, dentro de poco, una nueva atracción al dueño.

Se llama el Clic-Clac. La muchacha debe permanecer sentada en una silla. Movimiento número uno: apoya los pies en el suelo, abre las piernas y las cierra de golpe, haciendo chocar las rodillas una contra otra. Es el Clic. Movimiento número dos: sube las piernas, con las rodillas contra el pecho. Se distingue entonces la vulva cubierta de pelo, los labios unidos. Movimiento número tres: separa las rodillas, abre al máximo piernas y muslos. Movimiento número cuatro: con los muslos abiertos, abre con sus dos manos los labios menores de la vulva, descubriendo el rosado interior de la raja y la entrada de la vagina. Luego cierra las piernas sin bajarlas, las rodillas golpean una con otra, es el Clac.

Sigue viéndose la vulva y, sobre todo, los pelos. Finalmente, apoya los pies en el suelo, con las rodillas unidas y las piernas juntas. Puede entonces volver a empezar.

Géraldine adora acompañar el espectáculo con música de *jazz*. Acelera el movimiento con las disciplinas, que caen sobre las piernas y los muslos. Para hacer

más fuerte la cosa, deja a la muchacha inmóvil por unos instantes, cuando abre las ninfas de su sexo. Entonces, provista de una regla plana, golpea con todas sus fuerzas la abierta raja. Adeline aúlla sin atreverse a abandonar la pose. La propia muchacha se asombra de tener tanta resistencia.

Géraldine le ordena acostarse rápidamente. La acompaña a la habitación. Adeline se duerme enseguida.

—Me toca a mí —dice Géraldine volviendo junto a su marido.

Charles le levanta las faldas, le baja las bragas, abre sus piernas, aspira el clítoris hinchado entre los labios, con una lenta succión acompañada de lengüetazos...

Salvo que sirva la mesa y los cotidianos ejercicios lúbricos, no le piden nada a Adeline, que puede pasar la mañana en la cama si lo desea o pasear por el jardín cuando los dueños están ausentes. Sin embargo, la vieja sirvienta la vigila: no puede salir al campo. Además, como siempre está desnuda, la cosa le resultaría difícil. ¿Es feliz? Empieza a gustarle ese estilo de vida, más atractivo que el de casa de Georges, que sin embargo le gusta.

Cierta noche, el doctor Kopfer va a cenar. Admirando la desnudez de Adeline — aunque esté acostumbrado a ella —, le palpa las nalgas mientras le sirve, sin que ella se atreva a escapar.

Se produce luego el estreno de Clic-Clac. Le gusta mucho y llega a mirar con su lupa la vulva abierta. Adeline permanece desnuda en la silla, la conversación prosigue.

—¿Saben que, como en 1900, el joven Georges ha conseguido imponer a una muchacha que lleve un corsé lo más apretado posible? Es un acondicionamiento que yo apruebo por completo. El corsé, al dificultar el normal funcionamiento del cuerpo, atenúa el libre albedrío de la mujer que se somete a él.

El doctor dice entonces a Adeline que se ponga, a cuatro patas, a sus pies. Ella obedece temblando. ¿Qué más van a hacerle?

Mantiene los muslos unidos. En esta posición, se ve su sexo por detrás. La raja queda algo abierta. El doctor posa allí la mano con movimiento giratorio. La muchacha sigue humedeciéndose. La abertura deja pasar el aire, mientras los dedos masculinos van y vienen y resuenan incongruentes ruidos. Es horrible y Adeline siente una inexpresable vergüenza. Se ha puesto carmesí.

—¿Qué significan estos ruidos, marrana?

—Perdón, señora, no sé lo que me ocurre.

—Mostrarse vulgar delante del doctor merece un castigo. Pídele perdón, el doctor decidirá tu suerte.

—¡Perdón, doctor! —grita Adeline aterrorizada.

Géraldine se ha levantado, le tiende a Kopfer una raqueta de *ping-pong*.

—¿Quiere zurrarla?

—Con mucho gusto.

Obliga a levantarse a Adeline, la tiende boca abajo en el borde de la mesa. Se ven así sus redondas nalgas.

—¡Abra las rodillas, por favor!

La vulva cubierta de pelo rubio muestra de nuevo su raja. Rodeándole el talle con un brazo, el doctor abate la raqueta sobre los globos, cada vez con más fuerza y con mayor rapidez. Resuenan los chasquidos, el trasero se enrojece, la muchacha aúlla y solloza pateando. El doctor está en el séptimo cielo. Adeline siente que le invade el calor. Ha unido las rodillas. ¿Goza una vez más? Sus verdugos sueltan la carcajada y eso aumenta la confusión de la muchacha. En un incontrolado reflejo, orina en la moqueta. Luego, salta de un pie a otro frotándose las nalgas. Las carcajadas se acallan. Géraldine adopta entonces un aire severo.

—Asquerosa, ¿no podremos hacer nada bueno con usted? Informaré al señor Georges de su conducta.

—Señora, se lo ruego, no se lo diga. Seré buena, se lo prometo.

Charles le asesta una formidable palmada en las nalgas:

—¡Lárgate a tu habitación!

Sube las escaleras de cuatro en cuatro. Cuando se acuesta, sigue sintiendo la calidez en la parte baja de su espalda, un hormigueo, Tiene unas ganas locas de masturbarse. Lo hará antes de dormirse, pensando en Georges, por quien sufre todas las humillaciones.

En la planta baja, Charles ha obligado a su esposa a tenderse en la moqueta. Sentado a la altura de su pecho, ha sacado el sexo y se lo ha puesto en la boca dócilmente abierta. Géraldine comienza a mamar. El doctor Kopfer se ha agachado, ha tomado el borde de la falda negra, lo ha levantado hasta la cintura, descubriendo las bragas que hace bajar rápidamente, ante los ojos del marido. Comienza entonces a frotar la vulva abierta y chorreante. Géraldine se retuerce aullando. El doctor grita también, cayendo sobre ella.

Adeline debe practicar el Clic-Clac casi cada día. La exhibición suele estar seguida por una masturbación practicada ante las lúbricas miradas de la pareja. Varias veces debe sentarse también en el taburete de lavativas, con gran espanto por su parte. El industrial la posee de todos los modos posibles.

Pero Charles quiere obtener algo más, transformarla en mueble o en lámpara. Tendida, desnuda como siempre, boca arriba o boca abajo, la pequeña sirve de almohadón para los pies. Los tacones le hacen daño. A cuatro patas, con una pesada bandeja en la espalda, sirve de mesa en el salón, sosteniendo vasos y botellas. Atada en un estrecho taburete, sirve de lámpara con una bombilla en la vagina.

Finalmente, caminando a cuatro patas y con una correa al cuello, como un perro, da varias veces la vuelta a la sala de estar, con un gran cirio encendido y hundido en

el año.

A la pareja nunca le falta imaginación. Cuando la muchacha protesta, Géraldine le enrojece las nalgas con la fusta.

He aquí las distracciones de una pareja de la burguesía provinciana, tomando como cabeza de turco a una pequeña campesina. ¿Pero realmente sufre por ello? Más parece que la situación le haga gozar.

MIENTRAS Adeline está bajo la férula de los Chavet, Georges, que no puede permanecer mucho tiempo sin alguna muchacha a la que dominar, ha llamado finalmente a Valérie. Es la voz que ésta aguardaba, la voz que le haría hacer cualquier cosa. Inesperadamente, le pregunta si va vestida. Ella responde afirmativamente.

—¡Quítate las bragas para escucharme!

Ella se mete las manos bajo la falda de colegial y se baja las bragas hasta las rodillas.

—¿Estás enseñando el culo?

—Sí, amor mío.

—¿Te has quitado el corsé?

—No. Pero realmente me aprieta mucho.

—Debes soportarlo.

Georges le dice que tiene que reunirse con él enseguida.

—Mis padres regresarán y yo no estaré en casa.

—Tus padres me importan un pito. Les llamarás por teléfono desde mi casa.

Debe ponerse un vestido o una falda, pero nunca un pantalón.

—Es una orden —añade cortando la comunicación.

No le ha dicho si debe ponerse de nuevo las bragas. Se las sube y corre lo antes posible a casa de Georges. Salvo él, salvo su voluntad, no existe nada.

Ha olvidado a Jean-Paul, no ha vuelto a verlo.

El muchacho no comprende lo que sucede. Siente, más allá de sus deseos sexuales, una inmensa pesadumbre. Lloro por la noche, solo en su cama. ¿Puede sospechar que no tiene fuerzas para luchar contra muchachos de más edad, ricos, viciosos y sin escrúpulos, como Georges y sus amigos? ¿Advierte la conspiración?

Cuando ve, como siempre, pasar a Valérie ante su ventana, se fija en un aire reservado que le resulta desconocido. ¡Cómo ha cambiado! Ha querido hablar con otra muchacha del colegio, compañera de Valérie. A fuerza de discutir, de pensar, han acabado pensando que su amiga tal vez sienta vocación religiosa, lo que explicaría su nueva actitud. A menos que se haya dejado seducir por una secta cualquiera.

¿La habrá arrastrado Georges? Jean-Paul tampoco ha vuelto a verle y no se ha atrevido a visitarle. Armándose de valor, ha solicitado una entrevista con el consiliario del colegio libre. Han hablado largo rato. El sacerdote le ha permitido abrir su corazón, hablar de su sentimiento, de sus rencores. Para él, la hipótesis de la vocación religiosa no se aguanta. Tampoco él ha vuelto a ver a la muchacha. No se confiesa ya. Pero no le dice a Jean-Paul que se siente privado del placer de oírla contar sus deseos malsanos, sus placeres solitarios. El consiliario se ve entonces obligado a entregarse, también, al placer solitario. Evidentemente, Jean-Paul se acusa con regularidad de los mismos pecados.

Ha llegado a la conclusión de que la muchacha está sin duda perdiendo su alma. Jean-Paul tiene el deber de salvarla. Se separa del sacerdote lleno de valor y decisión. Sin avisar, llama a la puerta de Georges que le recibe inmediatamente.

Jean-Paul se lo cuenta todo a su gran amigo, que le escucha pacientemente y le pregunta si le reprocha los incidentes del Prado. Jean-Paul se ve obligado a reconocer, con gran confusión, que sintió cierto placer. Georges sigue siendo su amigo y añade:

—Voy a demostrártelo.

Lleva a Jean-Paul hasta una pequeña habitación donde hay una mirilla y le deja solo.

El muchacho se encuentra casi mal y no cree lo que está viendo. Por la mirilla ve a Valérie, «su» Valérie, enteramente desnuda, como nunca ha podido contemplarla. Parece llorar dulcemente. Está colgada de los brazos a un gancho del techo. Sólo puede tocar el suelo con la punta de los pies. El mirón siente que su verga se hincha, contempla fascinado el triángulo negro.

Tras unos instantes, entra el austero fámulo y coloca una venda negra sobre los ojos de Valérie, luego, de pronto, con una corta fusta, le golpea las nalgas y los muslos. A continuación, se reúne con Jean-Paul.

—La joven damisela ha sido castigada —dice sin aclarar los motivos del castigo—. Si el señor promete guardar silencio, puede ir a tocarla. Incluso puede azotarla si lo desea.

Acompañando a Jean-Paul, le entrega la fusta. El muchacho entra muy despacio. Pasa su mano por el cuerpo femenino, entre los muslos, mete un dedo en el orificio de la vagina.

—¿Quién está ahí? —pregunta Valérie, que no ve nada—. ¿Eres tú, Georges? ¿Es usted, señor Alex?

Nadie responde. Jean-Paul, que de ese modo descubre su familiaridad con los ocupantes de la casa, se arriesga a levantar la fusta. La deja caer, tímidamente, sobre las nalgas, luego, atrapado por el juego, golpea cada vez más fuerte: «Toma, zorra —piensa—, un golpe por tu traición, otro por tu hipocresía. Y uno más para vengarme». La muchacha grita ahora a pleno pulmón.

Considerando que el castigo es suficiente, Alex ha vuelto y ha tomado a Valérie por las caderas para descolgarla del techo. Ella cae al suelo. El criado la levanta y se la lleva en brazos. Un minuto más tarde, conduce a Jean-Paul hasta la estancia donde hay el espejo sin azogue. Hace una señal y muestra el salón Regencia donde está Georges, sentado en su sillón.

De pronto, Valérie entra desnuda en la estancia. Todavía tiene rastros de los fustazos. Con un rápido movimiento, se arroja a los pies de Georges. Le desabrocha la bragueta y, sin dejar palabra, saca la verga ya erguida.

—¡Saca también los cojones, querida!

Abre los pantalones, los hace bajar mientras Georges la ayuda levantándose. Descubre los grandes huevos redondos y cubiertos de vello castaño, más oscuro que



el cabello del muchacho.

—¡Lámeme los cojones!

La chica pasa la lengua por los testículos que ascienden por sí solos. Los mete, uno a uno, en su boca. Él da un respingo. Ella le acaricia el interior de los muslos.

—¡Las manos a la espalda y chúpame la polla!

El gesto la obliga a inclinarse hacia delante. Toma la hinchada tranca entre sus labios y la hace resbalar en su boca. La lengua corre a lo largo del miembro, titila bajo el glande y las dos hinchazones que rodean el frenillo. La polla se hace más grande aún, llena su boca. La muchacha respira mal, su vulva mana, sus pechos se hinchan. Se embriaga con aquel olor, metiendo la nariz en el vello púbico. Huele a sudor y a perfume de lujo. De pronto, la polla se vacía en su garganta. Unos violentos chorros de esperma acompañan los estremecimientos del miembro que golpea su paladar.

—¡Trágalo!

Se obliga a tragar, sin dejar de chuparlo, Siente arcadas, pero le gusta. Sabe que quiere hacer todo lo que él le pida. Recibe aquel esperma como la hostia de la iglesia. Georges es su Dios. La felación es la comunión.

Posa la cabeza en las rodillas del hombre que acaba de utilizarla. Él le ordena que se levante, se dé la vuelta y se incline hacia delante. Le abre los labios mayores, blandos e hinchados. Introduce dos dedos en su vagina. Profundiza, tocando los recovecos de la húmeda gruta. Valérie exhala unos gruñidos mientras su mirada zozobra.

—Amor mío, querría que volvieran a azotarme.

Los azules ojos de Georges brillan de malicia. Permanece silencioso. Jean-Paul, que no ha dejado de mirar, ha vertido su esperma al mismo tiempo que su amigo, salpicando la pared. Ahora se siente trastornado, descubriendo que Georges parece ser amado por la mujer que creía suya. ¡No lamenta haberla azotado! El criado entra entonces silenciosamente.

—Tiene que marcharse. El señor Georges no quiere que se encuentre usted con la señorita. Me ha dicho que confíe usted en él. Tenga paciencia y la verá.

Jean-Paul abandona la casa a regañadientes, pero lleno de esperanza.

Alex le ha dicho al abrirle la puerta:

—El señor puede venir cuando quiera.

Cuando llega al extremo de la calle, se cruza con un ZX. Reconoce a la profe de piano y a su marido. ¿Adónde va? Jean-Paul se pega a la pared y aguarda. El coche ha desaparecido, pero un instante más tarde, Géraldine y su marido llegan a pie. Ella lleva su eterna falda negra y su blusa blanca bordada. El marido viste un traje cruzado azul. Llaman a la pesada puerta de Georges, que se abre rápidamente. Pero ¿qué van a hacer allí? Jean-Paul está atónito. Valérie sigue estando en la casa.

Georges ha prohibido a Valérie que se enjuague la boca. Un poco de esperma brota de la comisura de sus labios y él le prohíbe también que se lave la cara. Debe permanecer desnuda: Alex ha confiscado su ropa y sólo va a devolvérsela cuando se marche. Se haya pues así cuando el matrimonio Chavet es introducido en el salón.

El fámulo sirve champán. Valérie bebe, como los visitantes, pero no tiene permiso para sentarse. Permanece de pie, silenciosa, molesta sobre todo por la penetrante mirada de Charles Chavet que, mientras charla con Georges y Géraldine, escudriña el tupido y abombado triángulo bajo su vientre, intentando adivinar el nacimiento de la raja oculta por los pelos y los prietos muslos.

Los tres amigos fingen ignorar a la muchacha desnuda y hablan en abundancia. Naturalmente, ante la celosa sorpresa de Valérie, Georges pide noticias de Adeline. Le cuentan cómo están perfeccionando la doma de la muchacha.

Valérie se siente aliviada. Si Georges ha prestado a Adeline a los Chavet, es que no la ama. Es que ella, Valérie, es la preferida de su corazón. Géraldine dice:

—Organizamos una comida y una pequeña fiesta el domingo que viene en nuestra residencia campesina. Venga pues, en compañía de esta encantadora señorita.

—Con mucho gusto —dice Georges sin consultar a Valérie.

—Le esperamos por la mañana —añade Charles.

Mientras prosiguen una trivial conversación, Valérie le hace una seña a Georges: ha llegado para ella la hora de volver al domicilio familiar.

—Antes de marcharte, querida, ven para que nuestros huéspedes te vean.

La niña se pone carmesí. Georges se ha levantado y la empuja hacia el hombre y la mujer. Luego, tomándola por detrás de los hombros, apoya una rodilla en la parte baja de la espalda, obligándola a arquearse tendiendo su vientre. Los dos viciosos la magrean, multiplican los contactos impúdicos, el hombre pasa la mano entre sus nalgas e intenta tocar la entrada de la vagina. Géraldine se ha levantado y le ha bajado los pantalones a su marido que exhibe una corta polla, robusta y rígida. Se inclina para lamerla ante la mirada de Georges y Valérie. Luego se quita el vestido. No lleva debajo prenda alguna. Valérie siente que su vientre se crispa. Géraldine tiene los pechos pequeños y es muy peluda, como ella.

Le da la espalda a Valérie para besar a Georges en la boca, ante su marido. Valérie aprieta los puños. ¿Cómo puede esa mujer permitirse algo así ante todo el mundo? Besar a «su» Georges. Querría golpearla. El gordo Chavet se magrea la polla mirando las manos de Georges que corren por las nalgas de su mujer, con los dedos deslizándose en la peluda raya. Valérie puede sentir el fuerte olor a transpiración de la mujer. Géraldine se separa por fin de Georges. Sus pezones están tensos, como pequeñas fresas. El pantalón de Georges forma un gran bulto en el emplazamiento del sexo. Valérie detesta a Géraldine. Georges le ordena:

—Métete la verga del señor Chavet en el coño.

—Oh no... ¡Soy tuya! ¡Él no!

Por toda respuesta, recibe un golpe con las disciplinas. Da un respingo, las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas. Hace lo que le han pedido. Vuelve su espalda al hombre gordo y calvo sentado en el sillón. Géraldine se agacha ante ella para guiar la verga de su esposo hasta el conejo de Valérie. Su olor embriaga a la muchacha. Se deja empitonar por la polla. Hace una mueca dando a entender que detesta lo que está haciendo, pero no puede engañar a Georges. Géraldine se inclina, dando la espalda a la muchacha que cabalga a su marido. Georges ordena entonces:

—Mete tus dedos en el culo de la señora Chavet.

Sin decir palabra, aparta los pelos oscuros para descubrir el respunteado ano. Ve la vulva, los labios mayores que cuelgan, húmedos de secreciones. Se está corriendo a causa de «mi» Georges, piensa Valérie. Introduce primero un dedo y, luego, otro, como le indican, en el culo de la mujer. Es liso y cálido, Valérie se siente cada vez más excitada. Ve a Georges que saca su rígida polla y se coloca de pie, ante Géraldine, siempre inclinada hacia delante, con los dedos de Valérie en el culo.

Valérie se sorprende al ver a la profe chupando la polla de su amor. Creía que iba a aullar de celos. Pero está magreando a la mujer, el marido la penetra y, de pronto, le parece muy excitante ver la lengua rosada de Géraldine Chavet lamiendo de arriba abajo aquel fuste. Magrea los cojones que acaba de descubrir, Mientras, Georges no deja de mirar a Valérie que comienza a agitarse sobre la polla de Chavet. Éste lanza suspiros cada vez más fuertes. Sus dedos dejan marcas rojas en los senos de Valérie. Esta última se inclina para olisquear el fuerte olor del culo del Géraldine. Saca los dedos del ano y los hunde en la viscosa vagina, Goza cuando el gordo calvo eyacula en su vagina. El hombre la empuja para que se levante. Ella le mira, está congestionada.

Georges, a quien Géraldine sigue mamándosela, ordena que Valérie salga y se reúna con Alex. A regañadientes, agotada por el placer, lo encuentra en el vestíbulo. Él le entrega el corsé; ella se viste y sale a la calle.

Mientras camina, siente que el esperma del gordo Chavet brota por su vulva y corre por sus muslos. Aunque imagina que Georges está eyaculando en la boca de Géraldine, se siente bien, relajada. No siente ya vergüenza. Es el objeto de Georges y eso la halaga. Olisquea el dedo que ha metido en el culo de Géraldine. Sus pezones se yerguen y siente una especie de calambre entre las nalgas.

En cuanto se encuentra a solas en la habitación, sólo tiene un deseo: masturbarse, meterse los dedos en el sexo lleno de jugo aún. Y lo hace.

EL muchacho que ha seducido a la pequeña Michèle se llama Claude de Charlieu. Tiene veintiún años y es aspirante en la Escuela Militar de St.-Cyr. En Autun, le gusta pavonearse por las calles vistiendo su rutilante uniforme. Acaba de enviar una nota a Michèle fijándole la cita prometida. La tía de la muchacha, viendo el nombre en la tarjeta de visita, está satisfecha. Podrá colocar a su sobrina. De modo que, para la hora fijada, hace que se peine los largos cabellos negros, se ponga una falda negra, corta y recta, el jersey rojo que se puso para ir a la consulta del doctor Kopfer. Es primavera, sus piernas están desnudas.

La ciudad tiene muchos vestigios galorromanos. En un verde paraje hay restos de un teatro romano, el más grande de toda Galia. Allí cita Claude a Michèle un jueves por la tarde.

Hay luz todavía, los últimos rayos del sol iluminan los graderíos. Claude no ha llegado aún. Michèle aprieta los muslos más de lo razonable, los frota uno contra otro. Imagina la mano del muchacho que la ha tocado ya. Sus braguitas están mojadas. A su alrededor, otras parejas de enamorados, abrazándose, aguardan visiblemente la noche para hacer el amor y se prodigan profundos besos. Ése es el ambiente del lugar, al anochecer.

Michèle sueña. Se oyen los chillidos de las golondrinas. Sigue sola. No hay oficial elegante en lontananza. Da un respingo a cada paso, hace más de una hora que aguarda. La noche comienza a caer. Tiembla un poco por miedo a quedarse sola en ese lugar. Los bajorrelieves de las paredes adoptan formas fantasmagóricas. Pronto cae la noche. ¿Por qué no llega Claude? No quiere decidirse a partir. De pronto, la ciega la luz de una linterna. ¿Será él? Es Josette, brotada de quién sabe dónde, que la interpela:

—Michèle, Claude no vendrá.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

Michèle tiene lágrimas en los ojos.

—Ven conmigo, tengo que hablarte.

La agarra del brazo. Caminan en silencio, entran en la Brasserie du Commerce, que está todavía abierta a esas horas. Piden dos *whiskys*. Michèle no está acostumbrada, pero esta noche necesita algo fuerte. Josette comienza a hablar.

Claude ama a Michèle, lo ha dicho. Si careciera de escrúpulos, esta noche habría venido y la habría desflorado, pero quiere algo más. Está destinado a ser oficial. Ahora bien, Michèle es sólo una pequeña campesina sin educación, aunque vaya muy bien vestida. Desea que la mujer a la que ama le dé primero una prueba de amor, antes de tenerla en sus brazos. La espera sólo les hará más felices. Es preciso, pues,

que la pequeña se eduque. Josette conoce a una dama, profesora de piano, que da cursos de modales. Acompañará a Michèle. Si es buena, Claude se reunirá con ella allí.

Michèle ha escuchado, pasmada. Acepta la condición que le impone Claude. Se reunirá con Josette al salir de su trabajo en la subprefectura. Irán a casa de la dama en cuestión.

—Te acompañaré a casa de tu tía —le dice Josette.

Como la otra noche con Claude, recorren las calles desiertas. Como la otra noche, Josette empuja a Michèle bajo un porche, la abraza bruscamente y la besa en los labios. Bastante pasmada, aunque la lengua la hace desfallecer, ésta no protesta. La mano de Josette sube bajo las faldas rozando sus piernas desnudas. Llega a la vulva que se abomba bajo la delgada tela de las bragas. Pasa un dedo por el borde, intenta penetrar. Es detenida por la membrana del himen. Josette no insiste, toma de nuevo el brazo de Michèle y la acompaña hasta la puerta de su tía.

Ésta sabrá sólo que Claude está dispuesto a pagar unas clases de modales a su sobrina. Se siente halagada.

Al día siguiente por la noche son recibidas con una sonrisa por Géraldine. Les hace entrar en el salón donde está el piando de cola. Mientras Josette se sienta en un sillón, ella va derecha al grano.

—Esta señorita va a quitarse los zapatos y, descalza, recorrerá la habitación, arriba y abajo, hasta que yo le diga que se detenga —dice Géraldine.

Michèle se descalza, intimidada. Comienza a caminar como le han mandado. Dos pares de ojos la observan atentamente. No sabe qué hacer con sus brazos. Los deja colgando a lo largo de su cuerpo y los balancea ligeramente. Camina, se vuelve, camina... Todo eso dura más de media hora, sin que nadie le dirija la palabra.

—¡Camina usted muy mal, señorita! ¡Parece un pato! Haremos pues un primer ejercicio. Quítese la falda y las bragas, en una palabra, tiene que quedarse desnuda de cintura para abajo.

Michèle desabrocha torpemente su falda. Hace resbalar sus braguitas blancas por la curva de su hermoso trasero, a lo largo de los muslos y las piernas, las deja caer sobre sus tobillos y se libra de ellas dando un saltito. Muestra así su pubis y se siente turbada al desnudarse ante una mujer a la que no conoce.

Géraldine le ordena sentarse en la estrecha banqueta del piano, tira de los brazos hacia atrás, le pone en las muñecas un par de esposas, tira de ellas por medio de una cadena atada a los pies de la banqueta, obligando a la muchacha a mantenerse muy erguida. Michèle tiene ganas de llorar, pero se deja manejar. Obligándola a levantarse, Géraldine le pone un felpudo bajo las nalgas. Luego le ata los tobillos, de modo que los muslos se mantengan abiertos.

Michèle, que expone así la raja de su sexo negro y peludo, siente que sus nalgas le pican abominablemente, cerca de la vagina y en lo alto de los muslos. Deja correr sus lágrimas.

—Señorita —dice Géraldine—, para convertirse en una jovencita distinguida hay que sufrir. La dejaremos así, sola, un buen rato. Será inútil que grite o llame, nadie vendrá a liberarla antes de que yo lo decida. ¡Es su primera lección!

Su verdugo, seguida por Josette, cuyos ojos revelan un placer equívoco, sale de la habitación. En un pequeño tocador donde hay un sofá, sin consultarse, se desnudan de cintura para abajo. Tendidas una sobre otra, gualdrapeadas, se lamen, hundiéndose la lengua en la vagina, aspirando el clítoris, empapando la funda del sofá.

Michèle ha soportado la prueba sin atreverse, en principio, a moverse, por temor a que le pique más, manteniéndose muy erguida como la han colocado. Al cabo de media hora, no puede impedirse gritar:

—¡Basta ya! ¡Me duele mucho! ¡Vengan a soltarme!

Nadie responde. El silencio la preocupa. ¿La habrán dejado sola en una casa que no conoce? En ella se produce un cambio. El felpudo ya no le molesta tanto. Un suave calor invade sus nalgas y la vulva le hormiguea. Grita de pronto. Ya no es dolor. Un violento placer la atraviesa por completo. Géraldine estaba esperándolo. La puerta se abre y entra Claude.

Da un largo beso a Michèle, que sigue atada. Luego la suelta, la muchacha está loca de alegría.

La levanta, la toma en sus brazos y, atravesando la habitación, la arroja en el sofá del tocador, tendida de espaldas. Como no le ha quitado las esposas, sus riñones descansan sobre sus manos unidas, que levantan así las nalgas, exhibiendo involuntariamente la entreabierto raja.

Ante la interesada mirada de Claude, ambas mujeres se precipitan para acariciar a la pequeña por todo su cuerpo. Unas manos suaves se deslizan a lo largo de sus piernas hasta el interior de los muslos, donde la piel es tan aterciopelada. La yema de los dedos asciende en un movimiento oscilatorio. Luego, las caricias, los rozamientos, se acercan al pubis. Las viciosas evitan cuidadosamente la vulva. Michèle se retuerce, se levanta, aguarda a que las revoloteantes manos se fijen por fin en su sexo: en vano.

Claude se ha arrodillado junto al sofá. Tras un beso en la boca, levanta el jersey, desabrocha el sujetador y descubre los pequeños pechos. Toma una punta en la boca y la lame, la hace titilar con su lengua y aspirar.

Josette, al otro lado de la muchacha, se ha apoderado del otro pezón y lo chupa también. Michèle es sensible, cree que va a perder la cabeza. Abriendo sus muslos, Géraldine aparta los labios menores del sexo rosado y negro. Se distingue el orificio virgen aún del que brota un líquido brillante. La profe se ha apoderado del clítoris y lo aspira con sus labios. Michèle emite entonces un delicioso balbuceo.

Mientras Josette prosigue sus lametones en el pecho, Claude, que no puede aguantarlo más, se ha levantado para quitarse los pantalones y los calzoncillos. Arrancando casi a Géraldine de su succión, empujándola, trepa al sofá, dobla los abiertos muslos de Michèle y se tiende sobre ella. Su verga toca las ninfas, busca la

abertura y se hunde brutalmente en la vagina. El hinchado glande desgarrar la fina membrana. El vaivén, nuevo para la muchacha, se inicia. Siente que las paredes de su sexo se caldean mientras el pubis del muchacho choca con el suyo. Su vagina es un lago y la verga que se hunde hace un ruido obsceno. Claude se retira por fin, ensangrentado. Géraldine vuelve a chupar la vulva, recogiendo con la lengua la sangre mezclada con esperma. Ayuda a Michèle a levantarse, la acompaña al cuarto de baño, la lava y la ayuda a vestirse. La muchacha está temblorosa.

Josette se ha arrodillado ante Claude, ha tomado su verga en la boca y limpia las huellas sanguinolentas. Una vieja creencia afirma que la sangre de doncella es un buen reforzante. Claude lleva a Michèle al restaurante; luego, a su pequeño estudio. Ella llora por el trayecto.

—No me había imaginado así la primera vez —reconoce.

—Yo decido —responde él.

La muchacha no tiene nada que decir, se esfuerza por disfrutar de la cena en un lugar elegante donde nunca había ido. En su casa, el muchacho la toma de nuevo, lentamente, tras haberla hecho desnudarse ante él.

Dos días después, en presencia de Claude, Michèle recibe su segunda lección de modales. Angustiada, se deja desnudar por Géraldine, que siente un gran placer al besar sus bragas, gozando de la confusión de la pequeña, que lanza miradas implorantes y sumisas a aquél al que llama «su amor» y que la observa tocándose, sin vergüenza, el miembro.

Géraldine coloca en la cintura de Michèle un ancho cinturón de cuero, muy prieto. Suelta sus largos cabellos negros, ata el extremo a un anillo de cobre. Fija una cuerda al anillo y tira, obligando a Michèle a echar la cabeza hacia atrás. La cuerda pasa por la raya de las nalgas y a lo largo de la raja, penetrando profundamente. Rodea así el cuello, aumentando la tracción de los cabellos. Michèle debe entonces ponerse unos zapatos de altos tacones. Sus piernas están muy arqueadas, Claude se deleita con el espectáculo. La muchacha, en esta posición, es obligada a recorrer la estancia durante muchos minutos. Sufre y apenas puede andar. Para reforzarlo todo, Géraldine ata sus codos por atrás, poniéndole unas esposas. Así los pechos se ponen de relieve y se yerguen. Claude sugiere que le coloquen pequeñas pinzas en los pezones; lo hacen, provocando los aullidos de Michèle.

—¡Ésa es una buena lección de comportamiento! —grita Géraldine, sonriendo al joven oficial.

Liberan a su víctima más de una hora después. Claude la toma en sus brazos y la lleva hasta el sofá donde, ante la mirada de Géraldine, la posee largo rato.

EL domingo siguiente, cuando sus padres se marchan para pasar el día fuera, Valérie recibe la llamada telefónica que tanto espera. La hermosa voz de Georges le hace temblar de la cabeza a los pies. Es un rito, se baja las bragas como siempre.

—¡Ponte de rodillas! —le dice él.

Ella obedece con arrobó.

—Debes venir enseguida; iremos a casa de unos amigos.

Acude corriendo a la llamada, olvidando la misa dominical. Por otra parte, ya no va y ni siquiera piensa en ella. Tras la recepción del criado Alex, ante quien se levanta de nuevo las faldas para la acostumbrada verificación del corsé, entra en el salón, donde Georges la besa. Se siente en el séptimo cielo.

—Nos vamos —dice él sonriendo.

¡Con él iría hasta el fin del mundo! Toman el coche, bueno, uno de los coches de Georges, y circulan por una pequeña carretera rural, entre prados. El sol brilla.

Es pronto todavía. Por la abierta ventanilla, la joven respira con delicia el aire matinal, lleno de aromas. Lleva un traje sastre *beige*. Su falda recta descubre unas piernas desnudas en las que juegan los rayos del sol. Se ha instalado tan cómodamente como se lo permite el corsé que la ciñe. El suplicio que le comprime el talle comienza a gustarle.

No se cruzan con coche alguno. Georges conduce con una mano. La otra acaricia las piernas femeninas y sube bajo la falda, hasta las bragas. Se posa suavemente en la vulva. La muchacha abre las piernas. Él no insiste, es sólo un gesto de posesión, la misma caricia que a un animal doméstico. Valérie sigue esperando. No proseguir forma parte del juego del muchacho, que habla poco.

El coche toma un camino más estrecho que lleva a la propiedad de los Chavet, rodeada de grandes muros. Entran en el patio con un jardín a la francesa. La casa es una hermosa granja, renovada con entramados. Charles y Géraldine les reciben en la terraza.

El industrial lleva un traje cruzado; Géraldine se ha puesto un vestido corto de tafetán de seda escocesa, adornado con un cuello de encaje. Los otros invitados han llegado ya, los coches llenan el patio. Se oyen risas.

Georges presenta a todo el mundo a Valérie, con orgullo. Es tan hermosa que es objeto de todos los deseos masculinos. ¡Es tan excitante su aspecto huraño! Los ojos azules de Georges gustan a las mujeres.

Claude y la pequeña Michèle, Josette y Pierre, Philippe y su prometida Colette, acompañada por su hermana menor, Amélie, están allí. Algo apartado, un joven de unos veinticinco años a quien nadie conoce. Se trata de un joven cura de los alrededores, llamado Julien, y que viene de incógnito, para «ver». A Géraldine su presencia le parece muy excitante. Jean-Paul no ha sido invitado: a Georges le parece



prematureo que se encuentre con Valérie fuera de su casa.

Todos los muchachos llevan trajes oscuros de impecable corte. No tienen problemas materiales. Por el contrario, las chicas proceden de medios modestos. Eso permite acondicionarlas mejor, ofreciéndoles el señuelo de una vida de ensueño. Todas esperan casarse con su actual compañero. Se sienten muy halagadas de haber sido invitadas a casa de los Chavet y tratar con esos muchachos; la cosa merece algún sacrificio. Sólo Valérie, por completo subyugada por su amor, no calcula.

Michèle lleva su minifalda con tirantes cruzados y su jersey amarillo. Josette, un vestido corto de crespón rojo, con la ancha falda y un amplio cuello. Colette ha querido ir muy correcta: corpiño de cachemira y falda recta, azul marino, hendida. La pequeña Amélie viste un traje de terciopelo azul, con unas enaguas blancas con encaje que le llegan hasta los tobillos. Todo es delicioso y hace brillar de un modo equívoco los ojos de Géraldine. Cuando todos son invitados a sentarse a las mesas del jardín, aparece Adeline, llevando una bandeja con aperitivos. Se dispone a llenar las copas ya dispuestas, según lo que cada cual elige. Valérie da un respingo y se ruboriza: Adeline va completamente desnuda, calzada sólo con unos zapatos de tacón muy alto que estilizan sus piernas.

Adeline ha tomado un aire ausente para ocultar su turbación al ser obligada a mostrarse así, sobre todo ante su dueño, que está allí con una muchacha a la que no conoce y que parece haber ocupado su lugar. Todos admiran su cuerpo y, sobre todo, el triángulo de un rubio dorado que se ilumina al sol.

Aparte de Valérie, ninguno de los asistentes parece asombrado al ver así a la criada. Las conversaciones tienen un tono amable, como si nadie hubiera advertido nada. Se instalan en el comedor, donde la mesa está puesta. La vieja criada sirve los entrantes. Géraldine se dirige a todo el mundo:

—Durante la comida, Adeline permanecerá agachada bajo la mesa y quienes lo deseen podrán utilizar su boca y su lengua.

Adeline desaparece pues debajo de la mesa. Charles, como dueño de la casa, mientras saborea su cangrejo con mahonesa, le ordena que le chupe el glande, despacio, sin llevar hasta el final el goce. Rechaza de pronto a la muchacha, que cae. Nadie sabe entonces ya de quién se ocupa. Los comensales permanecen impasibles. De pronto se ve a Josette que se ha arremangado las faldas y comienza a jadear. Adeline ha pasado la lengua a lo largo de las ninfas, apartando el borde de las bragas. Géraldine ordena también que la lama. Se suceden los succulentos platos: la vieja cocinera es hábil.

Mientras las muchachas permanecen silenciosas, los hombres hablan de la coyuntura económica. Adeline no turba las fútiles frases. El joven sacerdote, que nunca había disfrutado de algo así, ha querido que le chuparan; los invitados, llenos de tacto, han fingido no advertirlo. Respetan la Iglesia.

Pasan a la parte salón de la gran estancia para tomar café y unas copas. Se arrellanan en profundos sillones y Adeline se mantiene de pie, algo apartada. No le

han permitido enjuagarse la boca.

Géraldine trae una silla de mimbre, de alto respaldo. Ordena a Adeline que se siente allí. Dirige un potente foco luminoso hacia la desnudez de la muchacha. Todos la contemplan conteniendo el aliento.

—Amigos míos, esta pequeña viciosa, Adeline, os hará una demostración de Clic-Clac.

Nadie sabe de qué se trata. La cadena estéreo difunde entonces un lánguido *slow*. Con el rostro carmesí, Adeline se ve obligada a obedecer. Mirándola, Géraldine hace un gesto que parece una amenaza. Al ritmo de la música, la muchacha sube las piernas con los muslos separados, abre los labios menores de su sexo con la gimnasia habitual. Mientras mantiene los muslos separados, Géraldine prosigue:

—Adeline, ahora, va a darse placer ante todos vosotros.

Han creído que iba a acariciarse el clítoris con el índice, pero introduce tres dedos en su vagina y los agita violentamente, metiéndolos y sacándolos, lanzando gritos y, por fin, derrumbándose ante los aplausos de los espectadores. Luego se levanta y desaparece, tragándose la vergüenza, en su pequeña habitación.

—¡Se necesita una voluntaria para ocupar el lugar de Adeline! —grita Géraldine.

—¡Michèle es voluntaria!

Es la voz de Claude. Lo ha dicho sin consultar a la muchacha, que aparta la mirada y siente unos deseos irreprimibles de huir mientras su compañero la agarra por la mano y hunde en ella sus uñas.

—No, no quiero, nunca podría... ¡Por favor, déjenme!

Toda la concurrencia comienza a gritar: «¡Clic-Clac, Clic-Clac!», dando palmadas. Mientras, Claude baja los tirantes y desabrocha la minifalda. Luego, hace bajar las bragas descubriendo el monte de Venus oscuro y las nalgas. Con el jersey amarillo, las piernas y nalgas desnudas, Michèle está muy mona.

Claude la obliga a sentarse en el sillón; ella intenta, mientras todos la alientan, abrirse como ha visto hacer a Adeline. Pero no sabe realizar aquella gimnasia obscena. Géraldine la toma por las rodillas y coloca sus piernas abiertas en los brazos del sillón. Los labios de la vulva se separan, revelando bajo los pelos una carne rosada.

—Debiera enseñarte a actuar —dice Géraldine, y añade—: ¡vas a cascártela también!

Michèle tiembla de los pies a la cabeza. Se busca el clítoris con el índice, que ha humedecido de saliva. Su mano vuelve a caer, nunca podrá exhibirse así. Todos acechan sus reacciones mientras ella busca a Claude con la mirada y le suplica que cese el juego. Él se levanta:

—¡Esperad! Yo voy a cascársela.

Se coloca tras el sillón y mete su dedo en la raja, acaricia el pimpollo. Michèle, cuya respiración se acelera, aprieta los muslos mientras la sacude el goce. Los aplausos crepitan, varios muchachos exhiben su verga descapullada y endurecida.

Valérie no cree lo que está viendo. ¿La obligará Georges a exhibirse también? Pero él no dice nada y sigue bebiendo su café. De momento, nadie parece interesarse en ella.

El joven cura, que actúa de mirón, se siente muy interesado. Colette se preocupa por su hermana, que naturalmente mira con unos ojos como platos. Géraldine dirige el foco hacia el piano, en una esquina de la sala. Tomándola de la mano, conduce hacia el instrumento a su alumna, Amélie precisamente.

—La pequeña os mostrará el resultado de mis lecciones.

Amélie, sentada en la banqueta, ha iniciado un fragmento adecuado. Pero sintiendo las miradas que la abrasan, se equivoca y se hace un lío con los dedos. Géraldine adopta un aire severo:

—¡De modo que me ridiculizas ante los invitados! ¡Levántate!

La profe tiene a mano unos imperdibles. Levanta el vestido de terciopelo, sujeta la falda levantada a la espalda y al pecho. Hace lo mismo con las enaguas de encaje. La muchacha muestra así sus bragas de algodón bordado.

—No, señora, déjeme —dice con los ojos llenos de lágrimas, mientras Géraldine le quita las bragas.

Está temblorosa. Cree que van a zurrarla. Philippe sujeta con fuerza el brazo de Colette, que desea intervenir. Charles ha sacado uno de los taburetes que habían servido para experimentar con Adeline. Amélie, de pie, angustiada, muestra su hinchado pubis, abierto como un albaricoque. Charles se aproxima y le unta el ano con vaselina, haciendo girar el dedo.

—Amélie, vas a sentarte en el taburete y meter la pollita que sobresale en tu agujerito.

Se hace el silencio, Charles empuja a la alumna, Géraldine separa las pequeñas nalgas, descubriendo la raya y el reluciente capullo.

—¡Siéntate!

La pequeña pone toda su buena voluntad, pero es preciso conducirla hacia el gran falo. Josette se ha arrodillado y guía el falso miembro hacia el agujero. Amélie no consigue absorberlo. Mientras Josette sujeta el ingenio, Claude y Pierre se apoyan con todas sus fuerzas en los hombros y los muslos de la muchacha. Josette contempla arrobada cómo el orificio va ampliándose. Amélie está ya empalada. Charles enchufa y el vibrador comienza a moverse. La víctima se contorsiona, grita y, por fin, se desvanece.

Colette, la hermana mayor, ha conseguido escapar de los brazos de su prometido. Arranca a la muchacha del instrumento de tortura. El dolor despierta a la pequeña, que llora en brazos de su hermana.

—¡Sois todos unos cabrones!

—¿Quieres que nos encarguemos de ti?

Colette retrocede asustada e intenta escapar del círculo.

—Pero... Pero...

Philippe suelta:

—Amigos míos, para daros gusto, mi Colette se levantará las faldas.

Colette queda pasmada ante la audacia y el aplomo de su prometido.

—¡Levántate las faldas! —repite arremangándola de pronto y descubriendo que lleva medias con elástico y unas bragas muy pequeñas de color rosa—. Vamos, Georges, sujétale los brazos.

Georges sujeta con fuerza los brazos de Colette a la espalda, haciendo sobresalir los pechos. La muchacha se debate un poco, pero la angustia le arrebató las fuerzas. Philippe hace bajar la cremallera de la falda recta, que cae. Las braguitas rosas están hinchadas sobre el pubis, que revela un tupido vello. Algunos bucles sobresalen por cada lado. Las lágrimas de Colette corren, le desabrochan la blusa y se la quita, no sabe quién le suelta el sujetador.

Colette cierra los ojos. Sus pequeños pechos se yerguen, provocadores. Charles, con los ojos brillantes, se ha levantado. Le baja de pronto las bragas, descubriendo el peludo triángulo castaño.

Colette es magreada por todas partes. Siente mil manos que la tocan. La empujan hacia las rodillas de un muchacho. No sabe cuál. Cierra los ojos. Otras manos le abren los muslos, separan su raja, abren los labios menores, descubren el clítoris, meten un dedo en su vagina.

Philippe la lleva hasta la mesa y la tiende.

Charles la ata de manos y pies a las patas de madera: todo está previsto. La pequeña está así abierta, con las nalgas en el borde de la mesa, las piernas colgando. Un muchacho —¿Pierre o el joven cura?— abre el sexo con ambas manos y luego hunde su dura verga, lentamente. Ella lanza un grito y pierde el conocimiento. Sin la menor consideración, su violador sigue agitándose hasta que eyacula.

El anfitrión la reanima obligándola a tomar un trago de *whisky*. La desatan y la obligan a levantarse. Lloro de vergüenza y despecho, no puede resignarse a estar desnuda ante todos. Charles, implacable, le ata las muñecas a la espalda. Todos palpan sus pechos, le pellizcan los pezones. Charles le azota el pecho y la hace aullar.

—Abandónate y te acariciaremos —dice Philippe.

Ella murmura:

—Te obedeceré.

Lo que no la libra de un segundo azote. Cuando se lo ordenan, debe inclinarse sobre la mesa, descubrir con ambas manos el círculo oscuro de su ano. Charles ha sacado el miembro y declara a la concurrencia:

—¡Voy a apuñalarle el culo!

La porculiza con brutalidad. Colette, presa del dolor, se arrastra por la moqueta. Philippe lo aprovecha para forzar su boca sujetándole la cabeza. Colette se ahoga. Consigue liberarse, presa de una náusea.

Se revuelca por el suelo, con un ataque de nervios, ante las risas de la concurrencia. A Michèle, que no comprende su resistencia, la situación le parece

chusca. Géraldine ha tomado, hipócritamente, a Colette en sus brazos y la lleva a una habitación del primer piso. Allí está ya Amélie, tranquilizada por las precisas caricias de la profe de piano. Colette, algo recuperada, se dice que se ha puesto en ridículo. Siempre que su novio no le guarde rencor... Precisamente entra en la habitación. Ella se arroja a sus pies:

—¡Perdón!

Sin decir palabra, Philippe la empuja hacia el sofá cercano. Géraldine le abre los muslos y separa los labios. Toma la polla y la dirige hacia el orificio vaginal. El muchacho la penetra de golpe, ante la mirada de Géraldine que, al mismo tiempo, acaricia a la pequeña Amélie.

Valérie, olvidada por todo el mundo, ha asistido al espectáculo. Siente hormigueos en lo más profundo de sí misma. Sus bragas están húmedas. Pierre advierte su presencia. Exclama:

—¡Georges quiere guardar sólo para él a su amiguita!

—¡La queremos ver en pelotas, también! —vociferan los demás.

Michèle, a la que no le gustan los altivos aires de Valérie, grita más aún que los muchachos. Georges no dice nada. Philippe vuelve a bajar. Valérie mira a Georges con aire aterrado. La empujan hasta el centro del círculo. Georges la alienta con un gesto que podría ser una orden. Ella implora con la mirada, pero él parece inflexible. No quiere desnudarse. Eso ha llegado ya demasiado lejos.

—De modo que es su nueva alumna... Tendría usted que prestármela, querido Georges —dice el marido de Géraldine.

—Si no obedece, es suya.

No cree lo que está oyendo. No quiere ir a casa de los Chavet, como Adeline. Quiere quedarse con Georges. Vuelve a suplicar. Él adopta un aire maligno, apretando las mandíbulas. Ella se desabrocha la blusa, se baja las faldas. Contiene sus lágrimas. Y, sin embargo, siente que su vientre se estremece. Tiene los pechos al aire, ya sólo lleva encima el corsé y las bragas blancas. Josette se levanta y se agacha ante ella. Le baja suavemente las bragas haciendo aparecer el vello castaño. Cuando las bragas están a los pies de Valérie, pasa sus dedos de rojas uñas por entre los pelos. Muy pronto se desnuda también. Se arrodilla a la espalda de Valérie, le abre las nalgas y le lame el culo. Los hombres se tocan la tranca contemplando el espectáculo.

Valérie tiene cada vez más calor. La lengua cálida y suave le lame el ano. Todos los ojos la devoran. Chavet se levanta para magrear sin miramientos el pequeño pecho de Valérie. Le pellizca los senos, tira de los pezones como si quisiera hacerlos más grandes. Valérie no puede ya controlarse. Lanza suspiros y se abandona, orgullosa de ser deseable. Josette se levanta empujada por Géraldine. Va a sentarse, abandonada y enfurruñada.

Géraldine está desnuda. Le pide a su marido que saque la polla y ordena a Valérie que la mame. La polla huele todavía a culo de Colette. La muchacha se la mete en la boca, la lame ante todo el mundo. La tranca se pone cada vez más dura. Charles saca

los huevos de su bragueta.

Géraldine, considerando que su esposo se demora demasiado, le baja los pantalones, exhibe sus grandes nalgas blancas y le pide que se vuelva. Se arrodilla y le lame a su vez. Pasa las manos a su espalda y le toma de las nalgas, las abre lo más posible. Valérie comprende de pronto lo que esperan de ella. Entre dos lengüetazos a los huevos y el miembro de su marido, Géraldine le pide que pase su lengua por el ano de Charles. Ella se niega, mira a Georges y lloriquea. Eso excita a los demás. La muchacha está humillada, vencida. Inclina su rostro hacia las gordas nalgas. Con gran sorpresa por su parte, advierte un olor a perfume mezclado con el del sudor. Pasa su lengua por la raya.

El ano deja un gusto amargo en su lengua, pero ella está terriblemente excitada. Lame aquel culo, imagina el efecto sobre el gordo calvo. Chavet eyacula a los primeros lengüetazos de su esposa. Su gran panza tiembla como gelatina. Se vacía hasta la última gota.

Felicita a Georges por su última adquisición. Valérie ve que Géraldine se le acerca, con los labios fruncidos y las mejillas hinchadas. La profe la besa y vierte en su boca el esperma, caliente aún, de su marido. Valérie traga el viscoso jugo mientras Géraldine hurga entre sus muslos y le introduce un dedo en la vagina. La situación es obscena, humillante, pero al lamer la lengua de Géraldine, Valérie no puede impedirle tocarle los pechos. Están hinchados. Ambas mujeres están muy juntas.

Géraldine la obliga a ponerse a cuatro patas y le abre los muslos. Le vendan los ojos.

—Un hombre va a porculizarte. No debes saber quién.

Siente ya una polla rígida entre sus muslos. Espera que se trate de Georges. No ve nada. Le duelen las rodillas. El glande fuerza su culo después de que unos dedos lo hayan untado con su propia melaza. Lanza un gemido. Imagina un rostro. La polla es larga, pero no consigue realmente evaluar su tamaño. Es gruesa también, en su pequeño orificio. Mientras se desliza, Géraldine, sentada ante ella, la toma del cabello para forzarla a lamerla. Su almeja huele a transpiración y meados. El rostro de Valérie queda aplastado contra los hinchados labios. Su nariz choca con el erguido clítoris. Siente que va a gozar cuando el hombre eyacula en su ano, sin hablar ni gemir para no descubrirse. La polla se retira, corre el esperma del ano dolorido. La muchacha ha tenido un orgasmo ante los demás. Con los ojos vendados, sigue lamiendo la crasa vulva de Géraldine.

Aspira los labios mayores, se embriaga con el olor de la morena. Saca la lengua para lamer el velludo culo. Tiene un segundo orgasmo cuando Géraldine goza. La profe lanza grandes suspiros. Finalmente, la deja. Se derrumba en el suelo, jadeante. Le quitan la venda. Mira a su alrededor, pero no puede adivinar qué hombre la ha porculizado. Ninguno le presta atención. Están discutiendo.

Al regresar con Georges, en el coche, no puede impedirle preguntarle si ha sido él el que la ha poseído.

El hombre no responde. Pero, al dejarla, le dice apretando los dientes:

—Debes hacer todo lo que te digo.

—Lo he hecho. No me he negado a nada, incluso con Alex dejo que haga lo que tú desees.

Lloriquea. Él no la suelta. Le dice que necesita una nueva prueba de su amor, de su docilidad. Ella afirma que por él está dispuesta a todo. Y sale del coche.

JEAN-PAUL, tras los espectáculos lúbricos en los que ha participado, y que alimentan su sueño, no ha visto a nadie. Parece que le dejen solo adrede. Quisiera recuperar el ambiente de la excursión, se lo ha confesado a Josette. Al oírle, ésta se ha sentado, levantándose la falda y descubriendo los muslos. Él aventura un torpe gesto.

—¡Sin tocar! —grita la muchacha.

Abre la bragueta de Jean-Paul, saca su verga y le casca una paja hasta que eyacula. El destino de Jean-Paul es que le masturben mujeres a las que no puede hacer el amor. Le pone de patitas en la calle y él se va sin protestar.

Unos días más tarde, está solo en su habitación, nada le interesa. Desde que Valérie fue azotada en casa de Georges, no va ya a ayudarle a hacer los deberes.

Lanza maquinalmente una ojeada por la ventana y no cree lo que está viendo en la calle. Allí está ella y parece turbada, se detiene de vez en cuando, va de un lado a otro. Lleva su chaqueta azul marino, su falda plisada a juego y una blusa blanca. Lleva las piernas desnudas. ¿Por qué son tan altos los tacones de sus zapatos?

Para darse seguridad, finge examinar el escaparate de los joyeros. Pero ¿qué está haciendo aquí?, se pregunta Jean-Paul. Su madre ha descubierto a la muchacha y sale de la tienda para decirle:

—Caramba, Valérie, hace tiempo que no teníamos el placer de verle. ¿Viene a ver a Jean-Paul?

—Sí. Voy a...

No se atrevía, pero las circunstancias le ayudan a cumplir la prueba que Georges le ha impuesto. Jean-Paul cree soñar cuando oye sus pasos por la escalera. Abre enseguida la puerta; él le saluda con un breve beso e intenta abrazarla. Ella le rechaza con dulzura. Está desconcertado.

—¿Por qué vienes a verme?

—¿No te ha avisado Georges?

—No. ¿A qué vienes? —dice lleno de esperanza.

—Creía que estabas al corriente.

Permanece silenciosa, pálida, tiembla un poco.

—¡Habla, no voy a comerte!

Sin responder, se levanta y se arremanga las faldas hasta la cintura. Jean-Paul contempla sus largas piernas, sus torneados muslos, las bragas blancas. Su pasmo es mayor aun cuando descubre el corsé que le aprieta el talle. Siente que su miembro se pone rígido.

—¡Date la vuelta! —dice con voz ahogada.

Ella gira lentamente sobre sí misma, manteniendo las faldas levantadas. Sus nalgas sobresalen de las bordadas bragas. Jean-Paul se arriesga a posar la mano. Siente la piel suave y firme.



—¿Por qué lo haces?

Ella no responde directamente.

—Georges quiere que me quites las bragas. Luego tienes que llevárselas para probar que le he obedecido.

—¡De modo que es eso!

—Te lo suplico, Jean-Paul. ¡No te demores!

A pesar de todo lo que Georges la ha obligado ya a hacer, le turba hallarse así ante Jean-Paul. Ciertamente nunca han hecho nada, pero sabe que Jean-Paul la ama. Él sigue manteniendo la mano en su muslo, contempla los pelos que sobresalen del elástico de las bragas.

—Apresúrate... Me volveré loca.

Él baja las bragas, descubre el vello negro. Ella le ayuda a quitarlas, permanece de pie ante él, con las faldas levantadas. Su verga se hincha cada vez más. Suda. Siente su olor y adivina el clítoris erguido en lo alto de la raja. Georges ha obligado a la muchacha a afeitarse la parte alta de la vulva para que pueda verse el clítoris a la primera ojeada. Ella prosigue:

—Debes... Ha dicho que tenías que besarme el ano.

Se ha puesto como una amapola. Le duele el pecho. Nunca hubiera creído que podía sentir aquello ante Jean-Paul.

—Lo haré si estás de acuerdo.

Ella se vuelve, abre sus nalgas con ambas manos. El ano, rosado, es tironeado y se entreabre por la presión de los dedos. Jean-Paul querría sacar su rígida polla y frotarla contra el culo que se contrae, impregnarla con su olor. La toma de los muslos y la atrae hacia sí. Hunde su rostro en la raya y lame el culo. Le propina grandes lengüetazos, lame, más abajo, entre los muslos, el nacimiento de la vulva.

Pero ella se aparta. Roja de vergüenza, saca del bolsillo una cajita de plástico. Se quita las faldas, se agacha ante él para abrirle la bragueta, sin mirarle.

—También yo tengo que llevar una prueba.

Jean-Paul ya no puede hablar. Los finos dedos de Valérie sacan su rígida polla y luego sus huevos. Abre la caja, la sujeta con una mano y con la otra comienza a hacerle una paja. Jean-Paul no puede creérselo. La deja hacer. Piensa en Georges, que ha inventado todo aquello para él. Mira a Valérie que, con las mejillas ruborizadas, le masturba. No podrá contenerse mucho. Valérie lo sabe también. El glande se hincha más y Jean-Paul respira jadeando. Ella pone su redonda boca alrededor del sexo y el muchacho eyacula contra su paladar, sobre su lengua y en el fondo de la garganta. El esperma arde, Jean-Paul lanza unos gemidos, la agarra del cabello y le acaricia el cráneo.

Ella aparta de su boca la polla que se reblandece y escupe el viscoso jugo en la cajita, luego la cierra. Se viste muy deprisa. Georges está esperándola en la esquina. Él no puede retenerla. La mira por la ventana mientras corre hasta la esquina. Allí está Georges. La muchacha abre la caja ante él. Se la lleva.

Jean-Paul tiene las braguitas en la mano y la polla al aire. Olisquea la tela, encuentra el olor del ano. En su interior, mientras se toca la verga y comprueba que vuelve a empalmarse, espera que Georges volverá a enviarle a Valérie.

## Epílogo

LA vida prosigue, apacible.

El doctor Kopfer sigue aprovechándose de su clientela femenina. Ninguna muchacha se atreve a protestar y a algunas les gusta.

Valérie vuelve al colegio. Ya no va a misa. Sus padres no sospechan nada. Sigue visitando a Georges: su vida ha cambiado. Siempre la recibe Alex, el criado, de acuerdo con el rito inmutable. Se pone bragas cada vez más elegantes, olvida el corsé. El criado la azota. Georges sabe que lo hace adrede.

Mientras Charles magrea a su secretaria, su esposa, Géraldine, ha tomado a Josette como cómplice de sus lecciones de piano y buenas maneras. Amélie y Michèle son sus víctimas. Jean-Paul es masturbado regularmente. ¿Vencerá por fin su timidez? Ya veremos...